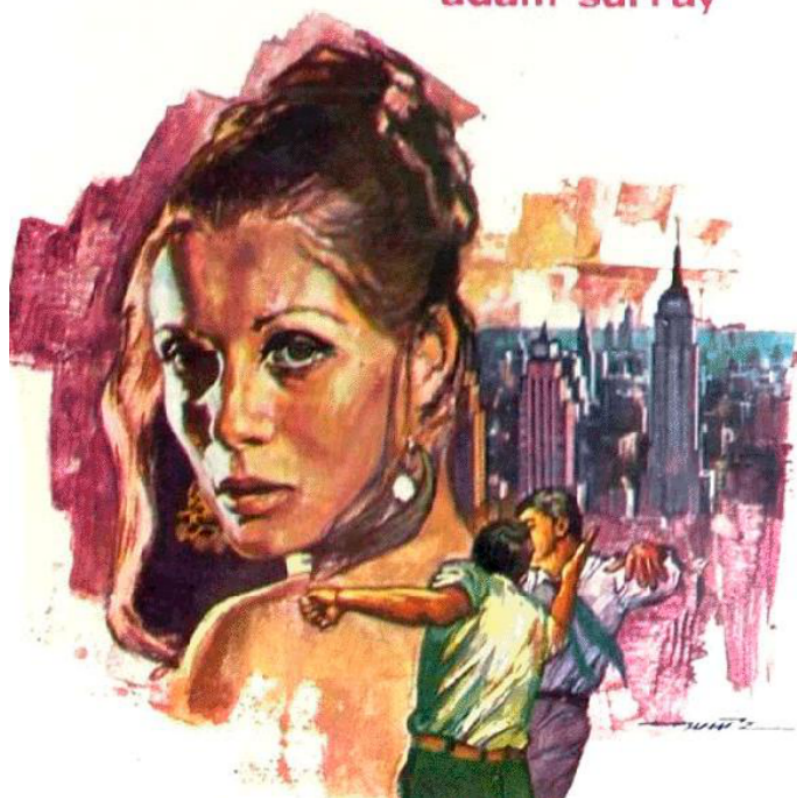


BOLSILIBROS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**
PUNTO
ROJO

poker de damas para el asesino

adam surray



COLECCION

PUNTO ROJO



ADAM SURRAY

POKER DE DAMAS PARA EL ASESINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 589

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 24.150 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1973

© ADAM SURRAY - 1973

texto

© JORGE NUÑEZ - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.198 — La chica del FBI.

En Colección SALVAJE TEXAS:

878 — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769 — Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

577 — Thriller.

CAPÍTULO PRIMERO

Ralph Graham se introdujo en la cabina del elevador y pulsó el mando correspondiente a la quinta planta. Encendió un «Pall Mall». La llama del fósforo, muy a su pesar, tembló entre sus dedos.

Tema un feo presentimiento.

Se había levantado con el pie izquierdo. Derramó la taza de café. Se le quemaron las tostadas. Y por último había olvidado el revólver en el apartamento.

Sí.

Aquél iba a ser un mal día.

Lo presentía.

Ralph Graham era un individuo de sempiterno buen humor. Siempre con la sonrisa en los labios. Frisaba en los treinta años de edad. De atlética complexión y estatura cercana a los siete pies. Rostro atractivo y varonil. Pelo rebelde y abundante aunque sin llegar a la clásica melena de los cantantes «pop». Vestía un traje de pana lisa, moderna camisa a rayas y pañuelo de seda anudado al cuello.

Gozaba de una salud de hierro. Practicaba la mayoría de los deportes. Para ayudarse en su profesión se había especializado en karate.

En aquel aspecto todo marchaba bien.

En el económico...

Su cuenta corriente ascendía a cien dólares con veinte centavos. En sus bolsillos un total de cuarenta dólares. En cuanto a deudas... Tres mensualidades al casero, ochenta dólares en el supermercado, préstamos de los amigos...

Mejor olvidarlo.

Todo iba a cambiar.

Su bufete de detective privado, descontados los primeros meses de éxito, inició un alarmante descenso. Los clientes dejaron de

acudir. Tras mucho apretarse el cinturón, Ralph Graham decidió presentarse en la Petterson Investigation. Una de las más importantes agencias de investigación de Nueva York. Emplazada en la Quinta Avenida.

Aquéel era su segundo día de trabajo.

Ralph Graham sonrió.

Sí.

Era un individuo optimista.

Su ambición, recién obtenida la licencia de detective privado, fue establecerse por su cuenta; pero aquello no duró mucho. Nueva York estaba plagada de sabuesos. Mucha competencia. Abundaban los pesquisas. Incluso Sherlock Holmes se moriría de hambre en Manhattan.

Por eso Graham aceptó el trabajo de la Petterson Investigation.

La agencia contaba con una elevada plantilla de detectives privados. Un jefe déspota, un sueldo miserable y un trato inhumano.

Sin embargo Ralph Graham sonreía.

Sus grises ojos brillaban burlones, en sus labios una abierta sonrisa... Los hombres como Graham creen en la paz del Vietnam, en una próxima amistad entre los países árabes e Israel, en la resolución del conflicto de Irlanda e incluso en la eficacia de la ONU.

Pero también los optimistas tienen su día negro.

Y Ralph Graham estaba viviendo el suyo.

Lo presentía.

Empujó la puerta de entrada a los lujosos despachos de la Petterson Investigation. Una larga sala con delicioso tufillo a bestia humana. A ambos lados del pasillo se alineaban infinidad de mesas. Hombres en mangas de camisa. Expertos en bucear basuras, en sacar a relucir los trapos sucios. Correspondieron con un gruñido al jovial saludo de Ralph Graham.

No gozaba de simpatías.

Los optimistas jamás resultan simpáticos en un mundo dominado por el pesimismo.

Ralph Graham se acomodó tras su mesa escritorio. La bandeja metálica vacía. No había ninguna orden. Ningún trabajo por hacer.

Encendió un nuevo cigarrillo y reclinóse en el sillón giratorio.

De uno de los cajones de la mesa extrajo un ejemplar del Penthouse. Éste, junto con el *Playboy*, Luí o Playmen, era la lectura preferida en la agencia de detectives. Pasaban de mesa en mesa burlando la vigilancia del fiero jefe de personal.

Graham desorbitó los ojos ante la starlet de la página siete. Una Venus de ébano que...

De pronto sonó el indicador del interfono.

Ralph Graham, tras controlar una maldición que asomó a sus labios, accionó la palanca.

—¿Sí?

Le respondió una voz femenina.

—El señor Petterson le espera en su despacho. Acuda de inmediato.

—Okay.

Graham escondió el Penthouse bajo la carpeta. Se incorporó, aplastando el cigarrillo sobre el cenicero. Encaminó sus pasos hacia una puerta semividriera situada al fondo de la amplia sala.

Empujó la puerta.

Aquello era la antesala al despacho de Delmer Petterson. Allí estaba Judith, la secretaria particular del jefe.

Todo un bombón.

Digna de figurar en las páginas centrales del *Playboy*.

Siempre con su clásica minifalda, con sus jerseys de talla inferior, con sus gordezuelos labios sonriendo sensuales...

—Hola, nena. ¿Sigues sin querer aceptar mi invitación para cenar?

La mujer acentuó aquella sonrisa sensual.

—¿Cenar contigo? ¿Adónde me llevarías, Ralph? ¿Al Riverboat? Graham también sonrió.

Aunque algo forzadamente.

Una cena para dos en el Riverboat no entraba en su presupuesto.

—Pollo frío y champaña en mi apartamento. ¿Qué te parece?

—Lo suponía, Ralph. No tienes donde caerte muerto. Sigo sin aceptar tu generosa invitación. Y te aconsejo no hagas esperar al señor Petterson. Creo que te tiene reservada una... sorpresa.

Graham tragó saliva.

De nuevo se vio asaltado por aquel feo presentimiento.

Judith, con provocativo ondular de caderas, golpeó

discretamente la puerta del despacho de Delmer Petter. Sin esperar respuesta empujó la hoja de madera.

—El señor Graham...

La mujer se hizo a un lado para permitir el paso de Graham. No dejó suficiente espacio. Ralph Graham rozó el prominente busto de Judith. Aquello pareció infundirle ánimos.

La mujer desapareció tras cerrar la puerta de nuevo.

Ralph Graham se adelantó, quedando en el centro de la estancia.

El despacho era fúnebre. Propio de dueño de funeraria. Negros sillones, mobiliario severo, cuadros lúgubres, cortinajes oscuros...

Y Delmer Petterson.

Lo más macabro de todo el despacho.

Cuarenta años de edad. Pelo abundante y alborotado. Rostro simiesco. Pobladas cejas que semiocultaban sus hundidos ojos. Cargado de hombros. Manos de peludos dedos...

«Gorila» Delmer.

Así se le llamaba en la agencia.

—Buenos días, señor Petterson.

—Siéntese, Graham.

Ralph Graham obedeció, acomodándose en uno de los sillones de cuero situados frente a la mesa.

Delmer Petterson aún no se había dignado dirigirle una mirada. Permanecía con la cabeza inclinada. Consultando unos papeles.

—¿Cuándo comenzó a trabajar para nosotros, Graham?

—Ayer.

—Correcto. Le encomendé un trabajo, ¿no es cierto? Boris McKern deseaba obtener pruebas de la infidelidad de su mujer para solicitar el divorcio. Un caso sencillo. Para detectives novatos. ¿Qué ocurrió, Graham?

—Le entregué el informe, señor.

Petterson alzó la mirada por primera vez.

Contempló inquisitivamente a su interlocutor.

—Sí, Graham. Lo tengo aquí entre mis manos, pero me parece tan absurdo que quiero oírlo de sus labios.

Graham carraspeó.

—Bueno... El tal Boris McKern resultó ser un granuja. Me sugirió amañar unas pruebas contra su mujer. Había sobornado a unos individuos. Algo nauseabundo. Los falsos testigos estaban

dispuestos a declarar que...

—¿Hubiera conseguido el divorcio con esas pruebas amañadas?

—Seguro. Lo había estudiado todo a la perfección. Sólo deseaba que un detective lo corroborara.

Delmer Petterson entornó los ojos.

Hasta casi ocultarlos por sus pobladas cejas.

—Ya. Y usted no aceptó.

—Por supuesto.

—Es usted un idiota, Graham. Un redomado inútil. Boris McKern había pagado un anticipo de quinientos dólares. ¡Sólo de anticipo! Hubiéramos podido elevar la minuta a los mil quinientos dólares.

Graham parpadeó.

—No comprendo...

—¡Maldita sea! Debió dar largas al asunto. Aceptar su plan. Simular que lo estudiaba, largarle imaginarias dietas de investigación.

—Exprimirle.

—¡Eso es! ¡Sin embargo, usted le deja escapar! ¡Deja escapar a un cliente de mil quinientos dólares! De seguro está ahora en manos de otra agencia. ¡Todo por su culpa!

—Boris McKern es un sinvergüenza.

Petterson vociferó una segunda maldición.

—¿Y qué? ¡No pertenecemos al Ejército de Salvación ni somos *boy scouts* para ir realizando buenas obras! ¡Debió aceptar lo propuesto por Boris McKern!

—Ignoraba que Petterson Investigation disfrutaba revolcándose en la basura. De saber que iba a trabajar en un estercolero no hubiera aceptado el empleo.

Delmer Petterson enrojeció.

Se incorporó furioso.

—¿Quién se cree que es, Graham? Lleva cinco años con la licencia de detective privado. Sólo un caso de asesinato y algunos pequeños éxitos más. Creyó haber alcanzado la cima, ¿verdad? Pero a su pocilga dejaron de acudir los clientes. Rechazaba casos por considerarlos insignificantes para el gran Ralph Graham. ¿Y ahora? Es usted un fracasado, Graham. ¡Un perfecto inútil! Aquí pudo abrirse camino, pero es demasiado torpe.

—Ciertas cosas no me gustan, Petterson.

—¿De veras? Su comisión en el caso McKern hubiera sido elevada. ¿No le gustaba el procedimiento? Los hombres como usted, sin un centavo en los bolsillos, no pueden permitirse el lujo de tener escrúpulos. Sí, Graham. Es usted un perfecto idiota. Puede considerarse despedido. En caja le darán lo correspondiente a su día de trabajo. Así podrá comer mañana.

Ralph Graham se levantó del sillón.

Sonrió.

Pero no con su sempiterna sonrisa burlona, sino con otra muy especial. Muy poco conocida.

Reservada para las grandes ocasiones.

—Al comentarle que no me gustaban ciertas cosas, no me refería a la proposición del cerdo de McKern. Lo que no me gusta es que me insulten. Puede quedarse con mi parte, Petterson. Me consideraré pagado con esto.

Súbitamente Graham proyectó su puño derecho.

Lo alargó por encima de la mesa buscando el rostro de Petterson. Le aplastó la nariz. La brutal violencia del impacto hizo que Delmer Petterson se desplomara en el sillón para acto seguido golpear su cabeza contra la mesa.

Quedó sin sentido.

Ralph Graham se acarició los nudillos. Abrió la cajita de plata depositada sobre la mesa y apoderóse de uno de los aromáticos cigarros. Lo encendió, exhalando una indolente bocanada.

Abandonó el despacho.

Judith lanzó una furtiva mirada. Contemplaba estupefacta a Graham. Sus ojos reflejaban admiración.

—¿Le has...?

Ralph Graham se percató de que el interfono estaba conectado. La mujer había escuchado toda la conversación.

—Sí, nena. Le he aplastado la nariz.

De pronto Judith le echó los brazos al cuello. Entreabrió sus húmedos labios buscando los de Graham. Éste, aunque sorprendido por aquella inesperada reacción, no quiso desaprovecharla.

Besó apasionadamente a la mujer.

Judith susurró:

—Lo prometí, Ralph... Prometí besar al primero que hiciera eso con Delmer Petterson.

—¿Por qué?

—Yo soy su secretaria particular, Ralph. Conozco a Petterson. Es el Rey de los Marranos de Nueva York.

—En eso estamos de acuerdo.

Se separaron.

—Adiós, Ralph. Suerte.

—Gracias, nena.

Minutos más tarde Ralph Graham abandonaba el edificio de la Quinta Avenida.

Sonriente.

Su despido había quedado compensado con el beso de Judith. No obstante, su día negro tan sólo había comenzado. Le esperaban otras sorpresas. No tan agradables como la proporcionada por Judith.

Sí.

Aquél iba a ser un mal día en la vida de Ralph Graham.

CAPÍTULO II

Ralph Graham tenía su cueva en el 1412 de Gabels Street. Un edificio-colmena próximo al Kenmare Square. En la peligrosa zona baja de Manhattan. A poca distancia de Chinatown, de The Bowery, del East River...

A poca distancia de la zona más miserable y peligrosa de Nueva York. La parte de la ciudad donde se contabilizaban mayor número de delitos. Robos y asesinatos estaban a la orden del día. Deambular de noche por East River era hacer oposiciones a una plaza en el cementerio.

Graham se consolaba leyendo los titulares de la prensa.

También la gente era asesinada en plena Quinta Avenida. Nueva York, la ciudad más violenta del mundo, no tenía calles seguras. Por lo tanto poco importaba vivir en Gabels Street.

En un principio, en sus dorados sueños por superar a Sherlock Holmes, Graham se había instalado en un cómodo apartamento de la Avenue of the Américas. Cerca del Rockefeller Center. Cuando llegó la temporada de las vacas flacas buscó, vivienda más económica hasta terminar en Gabels Street.

En el 1412.

Un descomunal bloque de cemento de fachada grasienta y ennegrecida. Un edificio frío. Inhumano pese a sus cientos de moradores. Constaba de cuatro entradas y un *parking* subterráneo.

Ralph Graham se encaminó hacia el elevador de la sección «D». Intentó pasar inadvertido, pero el conserje acudió a su encuentro.

—¡Señor Graham!

El detective le maldijo entre dientes. Sin duda era portador de algún ultimátum del casero.

—¿Qué hay, Freddy?

—Acabo de entregar las llaves del coche a su prometida.

—¿Mi prometida? ¿Te refieres a Susan?

—Ahá. En un principio me negué, pero la señorita Susan amenazó con avisar a la Policía. Me mostró la credencial del auto. Está a su nombre. Dice que el coche es de ella y puede disponer de él cuando le venga en gana.

Graham forzó una sonrisa.

—Sí... Se lo regalé hace un par de semanas. ¿Dónde está?

—¿El coche o su prometida?

—Me interesa más el coche, Freddy.

—Puede que todavía lo encuentre en el *parking*. La señorita Susan hace tan sólo unos minutos que bajó.

—Gracias, Freddy.

—Tengo también un encargo del señor Hiller. Me ha dicho que...

Ralph Graham ya se había introducido en la cabina del elevador. Imaginaba el encargo dejado por el buitre de Hiller. Su casero. Por tres cochinas mensualidades no cesaba de amenazarle.

Pulsó el indicador del sótano.

Lo de Susan le preocupaba.

De haber salido con el coche aquella mañana nada hubiera ocurrido; pero para llegar a la Petterson Investigation prefirió utilizar el subway. El intenso tráfico neoyorquino era desesperante.

Descubrió a Susan ya dentro del auto. Dispuesta a abandonar el estacionamiento asignado.

—¡Susan! ¡Espera!

Ralph Graham penetró en el coche. Un «AMX» de la American Motor. Rojo cupé de dos asientos. Un magnífico auto.

—¿Qué diablos ocurre, Susan? ¿Adónde vas con mi coche?

—Repíteme eso, Ralph.

—Bueno... quise decir con tu coche.

Susan tenía veinticuatro años. Era muy bonita. Senos prominentes, estrecha cintura y amplias caderas. Estaba acomodada frente al volante. Con el pie sobre el pedal del gas. La corta falda muy por encima de la rodilla ofrecía un turbador espectáculo.

—Ahora has hablado bien, Ralph. Mi coche. Y por lo tanto, me lo llevo.

—Tuve que vender el mío, Susan.

—Lo sé.

Graham sonrió.

—Me prestaste éste hasta que se solucionaran mis problemas.

—Cierto, querido; pero tus problemas han dejado de interesarme. ¿Sabes qué día es hoy?

Por el tono de voz de la muchacha, Graham comprendió que se trataba de una fecha señalada. Y que él la había olvidado.

—¿Tu santo?

—¡Vete al diablo! ¡Hoy se cumplen dos años de nuestro compromiso!

Ralph Graham quedó con la boca entreabierta.

Reaccionó sonriendo jovial.

—¡Magnífico! Lo vamos a celebrar con...

—No, Ralph. No se va a celebrar nada. Me he cansado de esperar. Me he cansado de tus disculpas.

—Nunca te he hablado de matrimonio, Susan. No te engañé. Antes debo establecerme y asegurar mi posición. Entonces tal vez decida...

—¿Qué haces aquí? —cortó la muchacha visiblemente irritada—. ¿No tenías que estar en la Petterson Investigation?

—Me han despedido.

Susan inspiró profundamente.

El ceñido *pullover* controló con dificultad los opulentos senos femeninos.

—Perfecto, Ralph. Ya no existe disculpa para que aceptes el trabajo que te ofrece mi padre. Tendrás firme posición económica y así nos podremos casar.

—Representante de embutidos y quesos.

—No es nada vergonzoso, Ralph. Mi padre es propietario de una de las más importantes fábricas de Nueva York.

—Olvidalo.

—Muy bien, Ralph. Hemos terminado. Lamento sinceramente haberte conocido. Puedes seguir con tus estúpidos sueños de detective famoso. Y ahora te agradeceré que bajes del coche.

—¿Puedo decirte unas últimas palabras de despedida?

—Con brevedad.

—Utiliza un perfume más fuerte, Susan. El olor a queso y embutido es más intenso que tu «Chanel». Adiós, nena.

Ralph Graham abandonó el auto.

Furioso.

Por primera vez su sempiterno optimismo comenzaba a flaquear.

Sin trabajo, acosado por las deudas..., y sin coche. Lo de Susan carecía de importancia. Sabía que nada significó para ella. Susan se encaprichó de él. Se dejó llevar por su arriesgada profesión de detective privado. Le creyó un héroe de novela policíaca. Un sagaz sabueso que solucionaba misterios y se enfrentaba triunfante al Sindicato del Crimen.

Pobre Susan.

Se había llevado una gran decepción.

Ralph Graham era tan sólo un hombre.

Un detective..., fracasado.

Graham se introdujo de nuevo en uno de los elevadores. Pulsó el botón correspondiente a la planta nueve. Abandonó la cabina y adentróse por el corredor de la sección «D» hasta detenerse ante la puerta señalizada con el número siete.

Aquella era su cueva.

Un reducido apartamento. Salón-comedor, dos habitaciones y cocina. Todo minúsculo. Había convertido el salón en despacho para recibir clientes. Pero esos posibles clientes jamás llamaban a la puerta. La placa de la entrada, «Graham, detective privado», no había surtido efecto.

Ralph Graham se dejó caer en el sillón y colocó los pies sobre la mesa escritorio. Encendió un «Pall Mall». Necesitaba un trago, pero no se molestó en acudir al mueble-bar. La última botella de «Johnnie Walker» se terminó dos semanas atrás. Únicamente quedaba un poco de soda.

Graham cerró los ojos.

Quedó con el cigarrillo humeando en sus labios.

Pensativo.

Por un momento se imaginó portando un voluminoso maletín conteniendo un muestrario de embutidos y quesos. ¿Era aquella la solución? ¿Qué otra cosa podía hacer? El conseguir entrar en la Petterson Investigation le fue difícil. Sin embargo, salió por la vía rápida.

El timbre de la puerta interrumpió sus pensamientos.

Se incorporó resignado.

¿El tipo del supermercado reclamando la deuda? ¿El casero?

Poco importaba. A ninguno le iba a poder pagar.

Ralph Graham abrió la puerta.

Un individuo le sonreía bajo el umbral. Un hombre de elegante vestimenta. Un tipo que no correspondía a su larga lista de acreedores.

—¿Ralph Graham?

—Sí, yo soy.

—Vengo a contratar sus servicios, señor Graham.

Ralph Graham era un individuo de rápidas reacciones. Parpadeó estupefacto quedando con la boca entreabierta para acto seguido esbozar una sonrisa. Una incrédula mueca.

—¿Seguro que no se ha equivocado de puerta?

El visitante también sonrió.

—Usted es detective privado, ¿no?

—En efecto.

—Entonces no me he equivocado.

Graham se hizo a un lado permitiendo el paso del individuo. Cruzaron el apenas existente *living* para llegar al despacho. El desorden que imperaba era para hacer vacilar a cualquier posible cliente.

Ralph Graham trató de disculparse.

—Mi secretaria se casó hace un par de semanas. Todavía no he encontrado sustitua.

—No se preocupe. Lo comprendo.

Graham indicó uno de los sillones a su interlocutor. Él se acomodó tras la mesa escritorio, apartando las facturas allí amontonadas de un manotazo.

—Y bien. ¿Cuál es su problema, señor?

El individuo tendió una rectangular cartulina al detective. Un nombre y una firma comercial.

—Harvey Elliot...

—Ése es mi nombre.

—Y trabaja en la Heeren Aircraft.

—Soy el director.

Ralph Graham alzó la mirada desviando sus ojos de la cartulina. Los posó fijamente en su visitante. Con curiosidad y asombro. La Heeren Aircraft era una de las importantes industrias de EE. UU. Dedicada a la construcción de aviones, maquinaria, industria

aeroespacial y material de defensa. Empresa en muy buenas relaciones con Washington.

—¿Usted... el director?

—¿Por qué le sorprende?

Graham estudió al individuo antes de responder.

Frisaba en los treinta y cinco años de edad. Frente alta y despejada, cejas bien curvadas, nariz recta y labios de firme trazo. Complexión atlética. Rostro bronceado. Un tipo que sin duda las mujeres consideraban atractivo. Su vestimenta, aunque elegante, era deportiva y moderna.

Ralph Graham le hubiera catalogado como un *play-boy* de Miami Beach.

Y el fulano había resultado ser el director de la Heeren Aircraft.

—Me sorprenden dos cosas, señor Elliot.

—¿La primera?

—Es usted joven. Me refiero para dirigir una empresa de la categoría de Heeren Aircraft.

—Entré con buen pie. Me casé con la viuda de Bruce Heeren. ¿Lo comprende ahora, Graham?

—Perdone si...

—No tiene importancia —le interrumpió Harvey Elliot con un ademán—. Me gustan las preguntas directas. Llevo dos años de matrimonio con Martha Heeren. Mi mujer conserva el apellido de su difunto marido. Muy lógico para mantener la pauta marcada por Bruce Heeren en su poderosa industria. Heeren fue un gran hombre. Con su muerte desapareció también un gran político. Había escalado ya importantes peldaños en Washington. Era un buen amigo mío. Bien, creo que nos desviamos un poco del asunto que me interesa. ¿Cuál es la otra cosa que le sorprende, Graham?

—Su presencia aquí. Con su capital puede contratar a una legión de detectives. De los mejores. Detectives con lujosos despachos en la Quinta Avenida. ¿Por qué acudir a uno de Gabels Street? ¿Por qué contratar a un detective desconocido y fracasado?

—¿Se considera fracasado?

Graham sonrió irónico.

—Depende de mi estado de ánimo. Como detective tal vez no. No se puede fracasar en lo que no se comienza. Mis clientes no quedan defraudados; pero sinceramente le diré que hace meses que

no contratan mis servicios. Tengo el feo vicio de ser honrado, señor Elliot. Si me proponen un trabajo sucio envío al cliente al diablo.

Los finos labios de Harvey Elliot dibujaron una abierta sonrisa. Asintió complacido. De su elegante chaqueta extrajo una pitillera de oro y ofreció un cigarrillo a Graham.

Tabaco turco.

Capricho de potentados.

—Celebro oírle decir eso, Graham. Precisamente me ha sido recomendado por su discreción y honradez. Ésa es lo que yo busco. Tiene razón al asegurar que podía elegir entre detectives famosos; pero no me serían de utilidad. Muchos carecen de escrúpulos y mantienen la lengua muy suelta. Cuentan con colaboradores, secretarías, enlaces... Quiero para mi caso la mayor discreción. Por eso no acudo a ellos.

—¿Quién le ha sugerido mi nombre?

—Don Neilson.

Graham arqueó las cejas.

Algo perplejo.

—¿Neilson? ¿El redactor de The Brick?

—Correcto.

—Hace años que no veo a Don Neilson... Muy amable al recordarme.

—Dijo que usted era discreto y honrado. Las dos cualidades que busco en un detective privado. También me dijo que trabajaba solo. Sin colaboradores ni secretarías.

Graham no pudo contener una sonrisa.

Marcadamente irónica.

—Difícilmente podría pagar a empleados cuando apenas tengo para mí. Ya le he dicho que mi situación no es muy halagüeña.

—Si acepta mi caso y lo culmina con éxito sus problemas económicos se habrán terminado para siempre. Soy generoso. El trabajo que voy a encomendarle no es sencillo.

—¿De qué se trata, señor Elliot? —preguntó Graham, que empezaba a mostrarse nervioso por tanto preámbulo.

Harvey Elliot entornó los ojos para contemplar inquisitivamente al detective. Parecía dudar en iniciar el tema.

—Vuelvo a rogarle la máxima discreción, Graham. Si falta a ella en lo más mínimo prescindiré de sus servicios. Si comenta algo le

demandaré por difamación, nadie debe enterarse de cuánto aquí se hable. Nadie. ¿Conforme?

—Okay.

—Es un caso de chantaje —murmuró Harvey Elliot con ronca voz—. De un sucio y repugnante chantaje.

CAPÍTULO III

Ralph Graham dominó una sonrisa de complacencia.

Había temido lo peor.

Por un momento, y dada la categoría de su visitante, se había imaginado el caso. El secuestro de un perrito terrier, investigar si el mayordomo le robaba los cigarros...

Sus temores resultaron infundados.

Harvey Elliot le ofrecía un caso de chantaje que prometía ser interesante.

—¿Es usted la víctima de ese chantaje, señor Elliot?

—No. Se trata de Charly, el hijo de Martha Heeren. ¿Ha oído hablar de él?

Graham denegó con un movimiento de cabeza.

La mayoría de las publicaciones dedicaban con frecuencia artículos relacionados con la Heeren Aircraft o con los componentes de la misma. Incluso el *Playboy*, pero Ralph Graham se limitaba a contemplar las fotografías de las starlets. No le interesaban las finanzas ni la política.

—Bruce Heeren y Martha tuvieron un solo hijo. Charly Heeren. Un joven de veinticuatro años que piensa seguir la malograda carrera política de su difunto padre. Tiene cualidades para ello y pronto iniciará la escalada. Un buen candidato político, al menos en Estados Unidos, debe poseer inteligencia y estar respaldado por millones de dólares.

—Y Charly Heeren tiene ambas cualidades.

—Así es, Graham. Charly y yo somos amigos. Muy buenos amigos. Aprobó el que me casara con su madre. Entre él y yo no existe la clásica rivalidad propia de las novelas femeninas. No soy su padrastro, sino su amigo. Prueba de la amistad que nos une es el que haya confiado el problema a mí sin acudir a su madre.

—Lo del chantaje.

Harvey Elliot asintió.

Dio la última chupada al cigarrillo para aplastarlo luego sobre el cenicero depositado en la mesa. Se pasó la punta de la lengua por los labios. Parecía buscar las palabras con las que proseguir su relato.

—Charly Heeren recibió un sobre conteniendo ocho fotografías. Tomadas durante la celebración de un party de drogas. La mayoría de las fotografías dedicadas exclusivamente a Charly y una muchacha rubia. Usted ya sabe cómo suelen terminar esas reuniones.

—Tengo una idea.

—Bien. Las fotografías comprometen seriamente a Charly. Junto con ellas llegó una breve nota advirtiendo que las fotografías correspondían a una película. Por la cinta solicitaban cincuenta mil dólares. Cantidad insignificante que aconsejé a Charly pagara de inmediato.

—Sin que la cinta le fuera entregada.

—Cierto... Se burlaron de nosotros. Depositamos el paquete con los cincuenta mil dólares en una cabina telefónica de Broom Park cumpliendo al pie de la letra las indicaciones. Quedaron en remitimos la película, cero faltaron a su palabra. Debimos imaginarlo.

—Muy propio de los chantajistas, señor Elliot —comentó Graham reclinándose en el sillón—. ¿Cuánto pidieron la segunda vez?

—He ahí lo sorprendente, Graham. El chantajista no da vuelta a dar señales de vida. Y eso es precisamente lo que nos tiene preocupados.

—¿Cuándo se recibieron las fotografías?

—Hace aproximadamente unos cuatro meses. Desde entonces no nos han vuelto a importunar. Es absurdo pensar que se conformaron con los cincuenta mil dólares. Temo que esperen a que Charly inicie su campaña política para reaparecer con las fotografías. Puede incluso que no nos las ofrezcan a nosotros, sino a nuestros rivales. La Heeren Aircraft, como todas las grandes industrias, tiene muchos enemigos. También existen personas que no desean ver a Charly Heeren ocupando un cargo político. Con esas fotografías se hundiría la carrera de Charly. Estamos dispuestos a pagar cualquier cantidad,

pero ellos no se ponen en contacto con nosotros.

—¿Ellos?

—Bueno, en la primera de las fotografías se veía a un grupo de jóvenes. Tal vez forman parte de una organización...

—Charly debe saberlo.

—No, Graham. No conoce a ninguno de los chicos o chicas de las fotografías en que él aparece.

Ralph Graham entornó los ojos.

No acababa de comprender aquello.

—Deduzco que el party no se celebró en un lugar público, sino en un apartamento. Chicos y chicas. Si Charly Heeren se encontraba entre ellos es que conocía a sus compañeros.

—No. Charly fue el primero en sorprenderse ante aquellas fotografías. Desconocía el lugar y a los allí presentes.

—¿También a la muchacha rubia repetidamente fotografiada con él?

—Sí. Jamás la había visto.

—Queda la posibilidad de que se trate de fotografías trucadas.

—No, Graham. No se hace chantaje con fotografías trucadas. También yo lo sospeché. Soy licenciado en Química, y por mi trabajo en la Heeren Aircraft, experto en fotomicrografía. Le aseguro que investigué a fondo. No había truco.

—¿Entonces...?

Elliot encendió un nuevo cigarrillo. La pitillera de oro bailó entre sus nerviosos dedos.

—Charly Heeren fue drogado. Ésa es la única explicación lógica. Charly se ha doctorado brillantemente en Leyes. Hace cuatro meses realizó un viaje a California para perfeccionar sus estudios. Su regreso se demoró unos días por causas que todavía no comprende. Perdió el avión por quedarse dormido en la habitación del hotel. ¡Durmió por espacio de treinta horas! Despertó con fuerte dolor de cabeza y penetrantes náuseas.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En San Francisco. Charly no recuerda nada. Tomaba unas copas en el *snack* del hotel poco antes de retirarse a dormir. Ése es su último recuerdo. Sin duda le narcotizaron llevándole a un apartamento y allí se filmó la película.

—Eso explicaría el que no conozca a ninguno de los que

aparecen con él en las fotografías. ¿Las tiene aquí? Me gustaría echarles un vistazo.

—Sólo una. La única que pude rescatar. Charly las arrojó furioso al fuego. Está desesperado. Teme que todo este feo asunto llegue a conocimiento de su madre. Sería un duro golpe para ella. Martha tiene puestas muchas esperanzas en su hijo. Le considera heredero de la carrera política de su difunto padre.

—¿Por qué no contarle todo? Si Charly es inocente...

Harvey Elliot le interrumpió moviendo enérgicamente la cabeza de un lado a otro.

—Las pruebas son contundentes, Graham. ¿Cómo demostrar que Charly fue conducido allí bajo los efectos de una droga?

—¿Puedo ver esa fotografía?

Elliot extrajo del bolsillo interior de su chaqueta un sobre. Dentro iba la fotografía.

Ralph Graham la contempló.

Sus ojos casi se salieron de las órbitas.

Aquella cartulina era pura dinamita para Charly Heeren. Allí aparecía él junto con una muchacha rubia muy ligera de ropa. Ambos parecían mirar a la cámara. La muchacha sonreía echándole los brazos al cuello. Los ojos de Charly vidriosos. Ausentes. Insensible a la belleza que tenía a su lado.

Sí.

No había duda.

Charly estaba drogado... o era idiota perdido.

—Esta fotografía es la menos comprometedora de las ocho enviadas —comentó Elliot con dura voz—. En las otras se refleja todo un mundo de depravación. Una orgía demoníaca. Todo sin duda simulado, pero con gran efecto. Algo verdaderamente nauseabundo. La cámara oculta se centró en Charly y en esa muchacha rubia.

—Es lamentable que Charly destruyera las otras fotografías. Hubieran servido para tratar de localizar el apartamento o a cualquiera de los componentes del party. Sólo tenemos como pista la chica rubia. En la fotografía sólo se distingue un sofá e unos cortinajes al fondo. ¿Qué hay de la carta enviada por el chantajista solicitando los cincuenta mil dólares?

—Charly también la quemó. Apenas recibir aquella basura lo

arrojó todo al fuego. Conseguí rescatar ésta. Charly reconoce su error, ya que hubieran servido de pista; pero se dejó llevar por la ira.

—Bien... No hay mucho por dónde empezar. Resulta en verdad extraño que el chantajista no se haya puesto de nuevo en contacto con Charly. De seguro sabe que están dispuestos a entregarle cualquier cantidad.

—Eso es lo que nos preocupa, Graham. Sospecho que tratan de arruinar la futura carrera política de Charly. De impedir que un miembro de Heeren Aircraft entre en la esfera política de Washington.

—¿Por qué motivo?

Harvey Elliot sonrió duramente.

—Tal vez usted no lo comprenda, pero existen muchos intereses creados. La Heeren Aircraft posiblemente sea colaboradora del Gobierno en la construcción de armamento. Con Charly Heeren en los departamentos de Washington resultaría más sencillo. Y eso es lo que tratan de impedir nuestros competidores. Ellos desean igual objetivo.

—Me hago cargo de la situación, señor Elliot.

—Es necesario descubrir al chantajista y recuperar la película. Ésa será su misión. ¿La acepta?

Graham sonrió.

Tenía gracia aquello.

Se encontraba sin un centavo. Cargado de deudas. Sin trabajo...

Hubiera aceptado cualquier trabajo. Incluso bajar al mismísimo infierno para arrebatarse el tridente a Satanás.

—Acepto, señor Elliot. Mis honorarios son...

Harvey Elliot le interrumpió alzando su mano izquierda. La diestra fue hacia el bolsillo interior de la chaqueta para extraer un cheque ya relleno. Se lo ofreció a Graham.

La cantidad bailó ante los estupefactos ojos del detective.

¡Quince mil dólares!

—Un anticipo para los primeros gastos, Graham. Si sale triunfante de su cometido le prometo una gratificación de cien mil dólares.

Ralph Graham quedó con la boca entreabierta. Tragó saliva. Sin dar crédito a las palabras de su cliente.

Sonrió forzadamente.

—¿Quiere repetir eso, señor Elliot?

—No le sorprenda, Graham. La carrera política de Charly significa mucho para la Heeren Aircraft. Muchos millones de dólares. Esa infame película puede echarla por tierra. Cien mil dólares, siempre que las pruebas contra Charly fueran destruidas, resultan un insignificante pago. Le deseo suerte, Graham. Supongo querrá quedarse con la fotografía.

—Sí, claro... La muchacha que aparece junto a Charly es mi único punto de partida.

Harvey Elliot atrapó la fotografía. La dobló. Cuidadosamente la partió por la mitad guardando la parte donde aparecía Charly Heeren.

Sonrió disculpándose.

—No lo considere como falta de confianza, Graham; pero enseñar esta fotografía es pregonar lo que tratamos de ocultar. Únicamente le interesa la chica, ¿no es cierto?

—Correcto. Yo mismo hubiera separado a Charly.

—¿Alguna pregunta?

—¿En qué hotel de San Francisco se hospedó Charly cuando sufrió aquel extraño y prolongado sueño?

—En el Cherry.

—¿Qué día?

Harvey Elliot se pellizcó el lóbulo izquierdo quedando unos segundos pensativo. Demorando la respuesta.

—Fue... Charly realizaba un viaje de fin de estudios. Sí, en mayo. La segunda quincena de mayo. Hace aproximadamente cuatro meses. No le puedo decir el día con certeza.

—No importa. Me informarán en el Cherry.

—¿Piensa desplazarse a San Francisco?

Ralph Graham se encogió de hombros.

—Aun no lo sé, señor Elliot. Tal vez. Depende del resultado de mis primeras pesquisas.

—Quiero advertirle algo, Graham. Sólo usted, Charly y yo estamos al corriente de esto. Descontando al chantajista, por supuesto. Únicamente los tres. Su madre, la señora Martha Heeren, lo ignora. Es un secreto que...

—Puede confiar en mí.

—Gracias, Graham. Aquí tiene nuestra dirección en Nueva York y el teléfono particular. Puede ponerse en contacto conmigo cuando lo considere oportuno o para formular cualquier pregunta.

—¿También puedo dirigirme a Charly?

—Charly está al corriente. Sabe que he contratado sus servicios. Por supuesto que puede hablarle para cualquier duda que le surja. Cuente con nosotros. Le agradecería que, de descubrir algo importante, nos lo comunicara de inmediato. ¿Lo hará, Graham?

—De acuerdo.

Harvey Elliot se incorporó del sillón dando por terminada la entrevista. Tendió su mano derecha que fue estrechada por el detective.

Graham le acompañó hasta la salida del apartamento.

—Suerte, Graham.

—Hasta pronto, señor Elliot.

Ralph Graham, una vez solo, corrió hacia su mesa escritorio para apoderarse del cheque. De nuevo sus ojos brillaron de entusiasmo al contemplar la fabulosa cantidad allí escrita.

Quince mil dólares...

Para los primeros gastos.

Su despido de la Petterson Investigation, la ruptura con Susan... Todo su anterior pesimismo quedaba borrado. Los quince mil dólares disipaban cualquier mal presentimiento.

Ralph Graham ignoraba que su día negro se iniciaba precisamente aceptando aquella misión.

No actuaría solo.

La muerte sería su inseparable compañera.

Ralph Graham disfrutó en grande.

Hizo el cheque efectivo ingresando parte de él en su cuenta corriente. Lógicamente de aquellos quince mil dólares, si fracasaba en el trabajo encomendado, debía rendir cuentas.

De salir triunfante le esperaba la fabulosa cantidad de cien mil dólares.

Cien mil dólares...

Todo parecía un sueño.

Ralph Graham se imaginó estar ya en un lujoso apartamento de la Quinta Avenida neoyorquina. Y su nombre en letras doradas.

Sí.

Disfrutó pagando al casero, al fulano del supermercado y a alguno de sus acreedores más recalcitrantes. No a todos. No había que sentar un mal precedente. También, a decir verdad, aún dudaba de todo aquello. De su buena estrella. No debía precipitarse pagando a todos.

Ahora disfrutaba de su buena suerte.

Un trabajo para Charly Heeren.

Para la poderosa Heeren Aircraft...

—¿Has ganado en las apuestas, querido?

Ralph Graham desvió la mirada del vaso de *whisky* sonriendo a la mujer que estaba tras el mostrador.

—Algo mucho mejor, Kitty. Puedes tomarte una zarzaparrilla a mi salud. Yo invito.

—Muy amable. Recuerdo la última vez que me invitaste. Fue cuando Armstrong pisó la Luna.

—No te hagas la graciosa. Últimamente he estado mal de fondos.

La mujer se sirvió un combinado a base de ginebra, vodka, *whisky*, martini y soda. Aquello era su «zarzaparrilla». Algo capaz de tumbar a un elefante. Kitty se lo ventiló de un solo trago. Sin pestañear.

Kitty tenía el busto de Sofía Loren y el rostro picaresco de Elke Sommer. Gozaba de mucho éxito entre los clientes del *snack*. Siempre tras el mostrador, pocos se percataban de sus torcidas y delgadas piernas. Cuando querían dar marcha atrás ya era demasiado tarde.

—Oye, Kitty. ¿Tu hermano sigue interesado en vender el «Ford»?

—Eso creo.

—¿Por el mismo precio?

La mujer se encogió de hombros, dibujando en sus labios un sensual mohín.

—No lo sé.

Graham depositó quinientos dólares sobre el mostrador.

—Bien... Entrega esto a tu hermano y dame las llaves del coche. Dile que ya ajustaremos el precio más tarde.

La mujer contempló suspicaz a Ralph Graham. Desde que le conocía jamás le había visto con más de cien dólares en los bolsillos. Reaccionó guardando el dinero y entregando las llaves solicitadas.

—Me das miedo, Ralph... No habrás asaltado el Banco Chase Manhattan, ¿verdad, querido?

Graham sonrió sin responder al irónico comentario. Con las llaves del coche en su poder se dirigió a la cabina telefónica. Tras consultar por unos segundos la guía marcó un número en el dial.

Le llegó una voz femenina a través del micro.

—The Brick. ¿Quién llama?

—Ralph Graham. Quiero comunicación con Don Neilson.

—Un momento, por favor.

La espera fue de ocho segundos. La voz que llegó ahora era potente y chillona. Desagradable. Como el chirriar de un carro mal engrasado.

—¿Ralph? ¡Diablos, muchacho! ¿Qué es de tu vida?

—Hola, Don. Quiero hablar contigo.

—Lo estás haciendo, muchacho.

—También me agradecería ver tu cara de cerdo, Don. La he olvidado.

Una estridente carcajada correspondió al comentario del detective.

—Correcto, Ralph. ¿Dónde nos vemos?

—Lo dejo a tu elección.

—¿Dentro de... cuarenta minutos?

—Okay. ¿Dónde?

Don Neilson dejó pasar una breve pausa.

—No puedo distanciarme de la redacción, Ralph. Te esperaré en la sala de juegos electrónicos situada dos manzanas más abajo de The Brick.

—Muy bien, Don. Allí estaré.

Graham colgó el auricular.

Encendiendo un cigarrillo abandonó la cabina telefónica. Tras despedirse de Kitty salió del *snack*.

El «Ford» recién adquirido estaba aparcado frente al establecimiento. Era un deportivo «Mustang» del año 1970. Vehículo algo viejo, pero en magníficas condiciones de potencia.

Ralph Graham se acomodó frente al volante.

Iba a iniciar su trabajo con una visita a Don Neilson. No guardaba relación alguna con el caso encomendado por Elliot. Sin embargo, terna curiosidad por conocer los motivos que impulsaron

a Don Neilson a recomendarle.

Le había hecho un gran favor con enviarle a Harvey Elliot.

¿Por qué?

No le unía ninguna amistad con Don Neilson. Hacía años que no se veían. Más bien eran dos cordiales enemigos. Jamás hubo buenas relaciones entre Graham y Neilson.

Don Neilson tenía fama de no hacer favores ni a su padre.

Ralph Graham puso en marcha el «Mustang».

Con dirección a Murray Hill. En aquella zona estaba emplazada la redacción del semanario The Brick.

Sí.

Tema curiosidad por conocer los motivos que impulsaron a Neilson.

CAPÍTULO IV

La sala de juegos electrónicos mencionada por Don Neilson era un lugar de sano esparcimiento. Allí la juventud neoyorquina disfrutaba renegando, maldiciendo sudando como condenados. Una y otra vez burlados por las frías máquinas tragaperras.

No sólo la juventud.

Tipos cuarentones se aferraban a una máquina accionando nerviosamente los flippers deseosos de alcanzar la puntuación exigida.

Gritando, maldiciendo, pateando la máquina...

Sí.

Aquélla era una sana diversión.

El local era amplio. Las máquinas tragaperras se alineaban a ambos lados. De todo tipo y precio. Dólar, medio dólar, veinticinco centavos...

El vicio al alcance de todos los bolsillos.

Un trepidante «*rock and roll*» de los Humble Pie resonaba con fuerza en el local. Algunos de los jóvenes clientes, chicos y chicas, mientras esperaban máquina libre se retorcían a ritmo frenético y endemoniado.

Ralph Graham se adentró por la sala.

Había llegado puntual a la cita. También Don Neilson. Le encontró junto a una de las máquinas tragaperras. Ya había terminado el juego y se disponía a introducir otra moneda en la ranura.

—Hola, Don.

Neilson sonrió.

Era uno de esos tipos repugnantes que semejan a una viscosa babosa. Propenso a la adiposidad. Su rostro grasiento aparecía cubierto de sempiterno sudor. Contaba treinta y dos años de edad, pero aparentaba los cuarenta. Las grandes bolsas de carne bajo sus

ojos le envejecían considerablemente.

Tendió su diestra a Graham.

—¡Infiernos, muchacho! Me sorprendió tu llamada. ¿Qué es de tu vida, Ralph?

—¿Podemos hablar fuera de esta pocilga?

—Seguro. Vamos a tomar un trago...

Los dos hombres abandonaron el local.

Don Neilson hizo de guía conduciendo a su acompañante hacia un discreto *snack* cercano. En la barra coincidieron al solicitar un martini con ginebra.

—¿Sigues de sabueso, Ralph?

—Ahá.

—Recuerdo que comenzaste muy brillantemente solucionando el asesinato de Lee Decker. Tuvo gran resonancia en la Prensa. Desde entonces no volví a saber de tu vida. ¿Cómo te van las cosas?

Graham entornó los ojos dirigiendo una penetrante mirada a su interlocutor.

—Realizamos juntos nuestro servicio en la Armada, Don. Allí nos conocimos. Jamás simpatizamos. ¿Recuerdas aquellas maniobras en el Pacífico? Nos sacudimos a conciencia. Te hice saltar un par de dientes. Juraste no perdonármelo.

Don Neilson sonrió.

Bebió a pequeños sorbos el combinado. Con la mirada fija en el fondo del vaso. Sin atreverse a dirigir sus ojos hacia Graham.

—Éramos jóvenes, Ralph. Sangre caliente. Aquello está olvidado.

—Cierto. También yo me olvidé de ti. Una vez licenciados cada uno marchó por un lado. No volvimos a encontramos. Años sin saber el uno del otro. Y hoy recibo la visita de un cliente recomendado por ti.

—¿Por mí?

—Harvey Elliot.

El grasiento rostro de Don Neilson reflejó un gesto de estupor que parecía real. Se pasó el dorso de la mano por los labios. Ahora sí enfrentó su mirada con la del detective.

—No te envié a Elliot.

—¿Le conoces?

—Sí. Un equipo de The Brick se desplazó a la Heeren, Aircraft para realizar un amplio reportaje. Harvey Elliot fue nuestro

anfitrión. Sólo le vi en aquella ocasión y... —Neilson se dio una palmada en la frente—. ¡Ahora recuerdo! En mi conversación con Elliot se habló de política, de soborno en los altos organismos oficiales, de la falta de escrúpulos en miembros de la policía que se dejan comprar por el Sindicato del Crimen... Yo defendí al FBI y Elliot replicó que tras la muerte de Edgar Hoover todo parecía ir mal en el Departamento de Justicia. También atacó a los detectives privados. Dijo que no existía un solo detective honrado en Nueva York. Fue muy gracioso lo que ocurrió después.

Graham no parecía compartir la hilaridad de su acompañante.

—Adelante, Don. Cuéntame el chiste.

—Yo te nombré a ti. Sí, Ralph. Dije que eras un detective honrado y discreto. Reconozco que hablé sin pensar. Únicamente por llevarle la contraria a Harvey Elliot. No eres santo de mi devoción, Ralph. Tú mismo lo has dicho antes y con razón. Jamás hemos simpatizado. Elliot no hacía más que protestar de todo. Cuando les llegó el turno a los detectives privados quise cerrarle la boca. Sólo tu nombre acudió a mi mente. No podía imaginar... Aquella era una conversación intrascendente. ¿Harvey Elliot te dijo que yo le enviaba?

—No exactamente. Sólo que tú le habías hablado muy bien de mí. Y eso fue lo que me sorprendió.

—¡Diablos! Tiene gracia. ¿Qué misión te encomendó Elliot? Tal vez sea un buen artículo para The Brick.

—Eso ya no te incumbe, Don. The Brick es el más nauseabundo de los semanarios que se editan en Nueva York. No me extraña que tú seas el redactor-jefe.

—Sigues igual de fanfarrón, ¿en, Ralph? ¿Todavía no has encontrado quien te pisotee las tripas?

—Puedes intentarlo tú.

Neilson vació el vaso y descendió del taburete.

Sonrió.

—No puedo decir que haya sido un placer volver a verte, Ralph. También lamento que, inconscientemente, te haya servido de ayuda. No era ni atención recomendarte a Elliot.

—Lo sé, Don. Tú no tenderías la mano ni a tu moribunda madre.

—¡Vete al diablo!

Don Neilson giró, abandonando precipitadamente el local.

Graham le dedicó una soez maldición. El muy bastardo había olvidado pagar la consumición.

El detective tampoco se encontraba muy satisfecho del resultado de la conversación. Esperaba otra cosa. Algo más... convincente. Pero lo narrado por Neilson encajaba a la perfección.

Le había ayudado involuntariamente.

Sin duda Harvey Elliot, deseoso de encontrar un detective desconocido y discreto, sacó a relucir el tema.

Sí.

Aquello encajaba.

La recomendación de Neilson había sido producto de la casualidad. Así se explicaba todo. No existía tal misterio.

Ralph Graham procedió a ventilarse pausadamente el martini. De pronto su mirada quedó fija en una de las paredes del *snack*. En un póster. Un calendario donde una muchacha rubia posaba anunciando las cualidades de cierto *brandy*.

El detective palideció.

¡Aquella muchacha era la misma que se dejó fotografiar con Charly Heeren!

Ralph Graham, tras breves segundos de marcado estupor, se abalanzó sobre el póster arrancándolo de nervioso tirón. Extrajo del bolsillo de su chaqueta la fotografía proporcionada por Harvey Elliot.

Sus ojos iban del calendario a la fotografía.

Sí.

No había duda posible.

La muchacha era la misma. También en el póster aparecía muy ligerita de ropa. Con un inverosímil y reducido bikini. Con su sensual sonrisa. Con los rubios cabellos sobre sus desnudos hombros. Acariciando la botella de *brandy*...

—¡Eh, amigo! ¿Qué está haciendo?

Graham giró la cabeza hacia el tipo del mostrador. Guardó la fotografía, acudiendo con el calendario en la mano.

—¿Dónde ha conseguido esto?

El barman parpadeó sin comprender.

—¿El qué?

—Este calendario.

—Lo distribuye una agencia de publicidad. Supongo que contratada por el *brandy* «Norwalk». Sinceramente le diré que el licor no es muy bueno, sin embargo, la chica de la portada... ¡Todo un monumento! Muchos clientes se quedan con la boca abierta, pero ninguno llegó a su extremo. Le ruego deposite de nuevo el calendario en la pared.

—¿No conoce el nombre de la agencia de publicidad?

—No. Aquí llegó un repartidor. Todos los años la casa Norwalk nos envía un calendario y propaganda para los clientes. El del año pasado recuerdo que fue una starlette muy de moda en Las Vegas. ¡Algo fabuloso! Posaba vestida únicamente con la botella de *brandy*. ¿Se da cuenta? También recuerdo el de...

Graham le interrumpió.

—Le doy diez dólares por el calendario.

El individuo del mostrador bizqueó para luego reaccionar en burlona y estridente carcajada.

—¡Sí que le ha entrado fuerte, compañero! ¿Ha dicho diez dólares? Puede considerarlo de su propiedad.

Ralph Graham, junto con los diez dólares, añadió el importe correspondiente a la consumición. A grandes zancadas abandonó el *snack* acudiendo en dirección a su estacionado «Mustang».

La sangre le golpeaba con fuerza en las sienes.

Si localizaba a la chica del calendario de seguro daría también con el chantajista. Posiblemente fueran una misma persona. Si aquello resultaba cierto estaba muy cerca de conseguir los cien mil dólares prometidos por Harrev Elliot.

Ralph Graham, ya acomodado en el asiento delantero del auto, contempló más detenidamente el póster. Hasta sus más mínimos detalles. En la mayoría de los calendarios publicitarios figuraba el nombre de la modelo; pero en aquél tan sólo constaba el del fotógrafo.

Un tal Alex Presnell.

Tampoco aparecía el nombre de la agencia de publicidad distribuidora de los calendarios.

El detective sonrió.

Aquello poco importaba.

La pista conseguida era fabulosa. Increíble aquel alarde de suerte.

No resultaría difícil dar con el domicilio de ese Alex Presnell. Bien en el listín telefónico, en la guía de profesiones o llamando a la Norwalk para que le informara de la agencia de publicidad encargada de lanzar los pósters. De cualquiera de aquellas fuentes sacaría el nombre de la modelo.

De la seductora muchacha rubia que posó junto con Charly Heeren.

Ralph Graham hizo girar el volante y abandonó el aparcamiento. Sus labios comenzaron a silbar alegremente un viejo tema de Sinatra. Por primera vez se consideraba un detective con suerte.

Estaba sobre un buen camino.

La chica del calendario... y su fotógrafo.

Las piezas encajaban. ¿Por qué no imaginar a ese Alex Presnell filmando las románticas escenas de Charly Heeren y la muchacha rubia?

Graham sonrió.

También su imaginación le llevó a los cien mil dólares. Sin embargo, aquella pista le conducía únicamente a la muerte.

Pero Ralph Graham lo ignoraba.

CAPÍTULO V

Alex Presnell, pese a su dilatada experiencia, reconocía que se estaba comportando como un principiante. Sin embargo, no podía controlarse. Aquella muchacha era algo fuera de serie. Distinta a todas. Endiabladamente bonita.

Y Presnell era un verdadero experto.

Ante sus ojos habían desfilado las más seductoras modelos de Nueva York. Había realizado reportajes fotográficos a *miss* Manhattan y a todas las importantes reinas de la belleza..., pero ninguna era como aquélla.

Alex Presnell tragó saliva por enésima vez.

Creyó estar ante una diosa del Olimpo que pasaba su week-end en Nueva York.

—Bien, Natalie. No hay duda de que eres una chica con suerte. Te habrás percatado de que controlo infinidad de modelos. Todas desean posar para mí. Soy un gran creador, Natalie. Agencias de publicidad, directores cinematográficos, casas de alta costura... Me buscan. De mis estudios han salido starlets que luego se han hecho mundialmente famosas en el cine. Una buena fotografía, Natalie. Ésa es la clave del triunfo. ¿Qué ocurrió con Marilyn Monroe? Su popularidad se inició con aquel famoso calendario en que posaba sobre un fondo rojo. Se vendieron diez millones de ejemplares, Natalie. Creo que comprendes todo cuanto te quiero decir, ¿verdad, pequeña?

La mujer era muy joven.

De seguro no llegaba a los veintidós años. Pelo negro intenso que enmarcaba el seductor lienzo de su rostro. Destacaban poderosamente sus gordezuelos labios húmedos y tentadores. Lucía un alegre vestido con escote en «V» cruzado y abotonado hasta la cadera.

En efecto parecía escapada del Olimpo.

Sus erectos senos se modelaban desafiantes bajo la tela. La estrecha cintura contrastaba armoniosamente con la redondez de sus caderas. La corta falda a mitad de los largos y esbeltos muslos.

La muchacha asintió.

—Le comprendo, señor Presnell.

—Lo celebro. Muchas de mis modelos opinan que les pago una ridícula cantidad. Ignoran que el posar para mí es la llave del triunfo. La puerta para la fama. Sí, pequeña... Has tenido mucha suerte en que accediera a recibirte. Vamos a realizar unas primeras pruebas. Si son satisfactorias tal vez decida que ingrese en mi plantilla. Ciertamente controlo ya a demasiadas modelos, pero me gusta descubrir nuevos valores. Bien... no perdamos más tiempo. Tras ese biombo encontrarás ropa.

La muchacha obedeció nerviosamente. No permaneció tras el biombo ni un solo segundo. Reapareció con su bello rostro rojo como la grana.

—Señor Presnell...

—¿Sí? —respondió Alex Presnell falsamente interesado en centrar unos focos—. ¿Qué ocurre?

—Tras el biombo no hay ninguna ropa. Sólo bikinis. A decir verdad, la mayoría son monobikinis.

—¿De veras? No te preocupes por eso. Elige el que más te guste. Natalie quedó inmóvil.

Sus ojos fueron hacia el decorado. Simulaba un paisaje polar. Con su correspondiente igloo rodeado de nieve artificial. Allí se había filmado recientemente un *spot* anunciando determinada marca de frigoríficos.

—Considero que el decorado no es el más apropiado para lucir un bikini, señor Presnell.

—¿Cómo? ¡Ah, sí...! Bueno... Acomódate en aquel sofá. Te haré algunos primeros planos.

El largo sofá era de rojo tapizado adornado con botones de la Marina británica.

Natalie se sentó sonriendo seductora.

Alex Presnell manipuló tras una de las cámaras.

—Reclínate en el sofá, Natalie. Sin que tus pies toquen el suelo. La muchacha obedeció.

La corta falda subió considerablemente, pero no lo suficiente para Presnell. Éste se aproximó chasqueando la lengua. El mismo hizo subir la falda mostrando con generosidad los bronceados muslos femeninos.

Volvió tras la cámara y la hizo funcionar un par de veces. Luego apagó las luces dejando tan sólo un foco de tenue luz rojiza.

Alex Presnell se acomodó junto a la joven.

Sus manos atenazaron los hombros femeninos a la vez que en sus ojos nacía un lascivo brillo.

—Tienes gran *sex-appeal*, pequeña... Pronto te convertiré en la modelo más famosa de Nueva York. Desde Hollywood acudirán a contratarte.

—Muy bien, señor Presnell. Empiece por quitarme las zarpas de encima y haga funcionar la cámara.

Alex Presnell sonrió.

—Ya te he hecho algunas fotografías, Natalie. Las suficientes. Ahora...

—Suélteme.

—No seas estúpida. Acabas de llegar de un villorrio de Jamestown. Tú misma lo has dicho. Reina de la belleza de tu barrio, ¿eh? ¡Y te presentas ante el gran Alex Presnell dispuesta a conquistar Nueva York! Tal vez lo consigas, nena; pero antes deberás...

—¡Suélteme!

Presnell no hizo el menor caso.

Se abalanzó sobre la muchacha rodeándola con sus brazos. Sus labios buscaron los de ella. Natalie apartó el rostro. Se debatió asqueada al sentir los labios de Presnell sobre su cuello. En vano pugnó por zafarse de su opresor. Tampoco los gritos y protestas de la muchacha eran escuchados.

Fue entonces cuando sonó aquella burlona voz.

—Buenos días... ¿Molesto?

Alex Presnell se incorporó de un salto soltando a su presa. Contempló jadeante al individuo que le sonreía desde la entrada.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a entrar sin autorización? ¿No ha visto la indicación de «privado»? De conducir la puerta al «cuarto oscuro» hubiera arruinado mi trabajo.

—¿En el «cuarto oscuro» con ese bombón? Sería demasiada

suerte.

—¿Quién es usted? —volvió a interrogar Presnell.

—Graham. Ralph Graham.

—No le conozco. Lárguese ahora mismo o...

Natalie también se había incorporado del sofá. Respirando agitada y tratando de componer el desordenado cabello. Sus ojos llamaron furiosos.

—Es usted repugnante, Presnell. Deme de inmediato esas fotografías que me ha hecho. No quiero figurar aquí para nada.

—¡Vete al infierno!

Ralph Graham se había adelantado.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Eso no está nada bien, Alex. Así no se trata a una dama. Entrega a la chica los negativos.

Presnell sonrió cínico.

—¡Ni tan siquiera había puesto película! Eres una estúpida provinciana, Natalie. Una pobre ilusa. Vuelve a tu pueblo. La jungla de Nueva York no te conviene. Terminaría contigo.

La muchacha quedó anonadada. Su irritación dejó paso a una profunda decepción. Incluso sus ojos se nublaron oscureciendo el brillo anterior. Intentó hablar, pero ninguna palabra brotó de sus labios. Giró corriendo precipitadamente hacia la salida tras recoger su bolso de mano.

Graham chasqueó la lengua apesumbrado.

—Pobre chica... Has sido muy duro con ella, Alex.

—¡Al diablo! Miles como ella llegan diariamente a Nueva York. Deseosas de alcanzar la fama. Creen que les estamos esperando con los brazos abiertos.

—Eso me pareció ver al entrar. Tenías los brazos muy abiertos, Alex.

Presnell enrojeció.

—¿Qué quiere? Le ruego sea breve. Estoy muy ocupado.

Ralph Graham sacó del bolsillo la fotografía. La proporcionada por Elliot. Se la ofreció a Presnell. Éste la miró superficialmente.

—No es mía la fotografía.

—Conoce a la chica, ¿no?

Alex Presnell entornó los ojos haciendo su mirada más inquisitiva.

—Sí... De momento no la había reconocido. Es Jeanne Anderson. Una excelente modelo. Realicé algunas campañas publicitarias con ella.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—¿A Jeanne?

—Sí. Necesito hablar con ella.

Alex Presnell esbozó una sonrisa.

Más bien una amarga mueca. También sus ojos, hasta entonces inexpresivos, reflejaron tristeza.

—¿Hablar con ella? Dudo que pueda hacerlo. Jeanne murió hace irnos meses. Asesinada. Su cadáver apareció en una callejuela de San Francisco.

Ralph Graham encendió un cigarrillo.

Sus manos no evidenciaron nerviosismo alguno. Tampoco su rostro delató el efecto producido por la sorprendente noticia.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¿Seguro? Jeanne no era famosa, sin embargo, tuvo un lugar en todos los periódicos de San Francisco. Un pequeño recuadro donde se comentaba su muerte. Una fea muerte... Le seccionaron la yugular. Fue violada antes de morir. Un crimen que pasó inadvertido. En San Francisco, al igual que aquí en Nueva York, ya no impresionan ciertos delitos. Nos hemos acostumbrado a la violencia.

—¿Cuándo ocurrió el crimen?

Presnell se encogió de hombros.

—Tres meses... cuatro... No recuerdo con exactitud. Oiga... ¿por qué tantas preguntas? ¿Es usted policía?

Graham le mostró su licencia de detective privado.

Alex Presnell arrugó la nariz como si aquello oliera mal.

—Un pesquisa... ¿Qué está buscando, amigo? No parece ir muy al día. Preguntaba por Jeanne. Una mujer que murió hace meses...

—La conocías bien, ¿verdad, Alex?

—El tono de su voz es marcadamente cruel, Graham. Y no me gusta. Lo que ha visto antes nada significa. Natalie no tiene posibilidades como modelo. Le falta desparpajo. Por eso intenté... Bueno, quiero decir que yo trato con modelos profesionales. Con ellas no pierdo el tiempo en devaneos. Me dedico por entero a mi profesión. Mis relaciones con Jeanne eran simplemente comerciales.

Le pagaba un buen sueldo por posar para mí. Las fotografías las vendo luego a firmas comerciales o agencias de publicidad.

—¿Brandy «Norwalk»?

Presnell asintió.

—En efecto. Ahora que lo menciona, recuerdo que Jeanne figuró en unos calendarios para esa firma. Más tarde anunció detergentes, un desodorante nauseabundo, prendas interiores... Jeanne era muy bonita.

—¿Puedo ver su ficha?

—Tiene suerte, Graham. Cada seis meses hago limpieza en mis archivos. Debo renovarlo constantemente. Muchas chicas me abandonan apenas llevan una semana de trabajo. Éste es un feo oficio... Se dejan engatusar por productores, por fulanos de la televisión, por directores de cine... Engañadas por falsas promesas. Luego regresan a mí, pero con la belleza ya marchita. Triste, muy triste...

—¿Qué hay de la ficha?

—Ahora mismo se la entrego. Yo no la necesito. Jeanne Anderson ya no volverá a posar para mí.

Alex Presnell se encaminó hacia un reducido despacho. El detective fue tras él. Le vio rebuscar en un alto fichero.

—Aquí la tiene.

Graham atrapó la rectangular cartulina.

—Gracias, Alex. Tengo varias preguntas que hacerle, pero lo dejaré para más adelante. Estoy algo confuso.

—Graham...

—¿Sí? —No me parece usted un buen detective, pero los tontos son los que tienen suerte. Tal vez de con el asesino de Jeanne.

Ralph Graham sonrió.

—¿Y?

—Ahorre unos dólares a los contribuyentes, Graham. No es necesario que el asesino llegue a juicio. No tenga piedad con él.

«Jeanne Anderson, veinticuatro años de edad, nacida en Cambridge, Maryland, con domicilio habitual en el 2423 de la Gray Avenue, en el suburbio de Manhattan...»

A continuación la ficha relataba los trabajos efectuados para Alex Presnell. Fotografías para calendarios, folletos de propaganda,

spots publicitarios... Según la cartulina, Jeanne llevaba tan sólo ocho meses de colaboración con Presnell.

Ralph Graham guardó la ficha ante la llegada del camarero. Éste retiró el servicio para acto seguido acudir con una taza de negro y humeante café.

El detective encendió un cigarrillo.

Bebió a pausados sorbos el café.

Pensativo.

La euforia ante la pista del calendario se había esfumado. Jeanne estaba muerta. Asesinada en San Francisco unos tres o cuatro meses antes. ¿Coincidiendo su estancia con la de Charly Heeren? Aquello debía averiguarlo.

Una cosa era cierta.

Jeanne Anderson, la muchacha rubia de la fotografía, quedaba descartada como chantajista.

Ralph Graham no se mostró muy satisfecho de haber llegado a tan poco brillante conclusión. Se incorporó irritado y acudió hacia el mostrador. Justo en el momento en que otro de los clientes de la mesa vecina hacia lo mismo.

Tropezaron.

—Perdone...

Graham, tras disculparse, se incorporó para recoger el caído bolso de la mujer. Fue entonces cuando se percató de que se trataba de Natalie, la muchacha que sorprendió acorralada por Presnell.

Le dedicó una cordial sonrisa.

—Hola, Natalie.

—¿Me da el bolso, por favor? —replicó la joven sin corresponder a la sonrisa.

Ralph Graham se lo tendió. Descubrió el *ticket* de la consumición de la muchacha.

Una hamburguesa y una
«Coca-Cola».

Aquélla había sido la comida de Natalie.

El detective se adelantó hacia el mostrador. Antes de que la joven pudiera impedirlo abonó su boleto.

Volvió a sonreír.

—Ha sido un placer invitarte. Natalie. No me des las gracias.

La muchacha inclinó la cabeza sin poder evitar que el rubor se

apoderara de sus facciones.

—Debe disculparme. He sido algo grosera. También quiero agradecerle su oportuna llegada a los estudios de Presnell.

—Olvida eso ahora. ¿Puedo llevarte a algún sitio?

—Pues... yo...

Graham la cogió protectoramente por el brazo. Su abierta sonrisa contagió a la muchacha.

—No eres de Nueva York, ¿verdad?

—Ya oíste a Presnell —respondió Natalie, correspondiendo y aceptando el tuteo—. Soy una provinciana. Una estúpida e ilusa provinciana que...

—Presnell es un bocazas.

—No. Dijo la verdad. Llegue a Nueva York deseosa de conquistar la ciudad. Sin embargo ahora...

—¿Ya te declaras vencida?

—Todo ha cambiado mucho desde que marché de aquí. La ciudad es ahora más violenta, más cruel... Llevo dos semanas en Nueva York. Visitando estudios, deambulando de puerta en puerta... La mayoría ni tan siquiera se dignan a recibirme. Algunos, como Alex Presnell, ceden a realizar pruebas; pero a condición de que yo también... ceda.

—Comprendo. La vida es un asco.

—No creo que sirva como modelo. Presnell lo dijo y él es un gran profesional. Buscaré trabajo como secretaria. Todo menos regresar a Jamestown.

—Creo que tus padres se alegrarían de ese regreso.

—Mis padres murieron. En Jamestown no tengo a nadie. Trabajaba allí de secretaria. Gané un concurso patrocinado por una casa de productos de belleza. Me ilusioné y creí poder abrirme camino en Nueva York como modelo. Me despedí de todas mis amistades. No quiero volver.

—Nueva York es una ciudad peligrosa.

—Lo sé, y sin embargo, me gusta. Permanecí en Manhattan hasta la edad de quince años. A la muerte de mis padres fue cuando marché a Jamestown. Siempre soñé con regresar algún día. Ahora estoy aquí. Seguiré tu consejo y no me daré por vencida, Ralph. Ése es tu nombre, ¿verdad? Te lo oí pronunciar en los estudios. Bien... Gracias por todo. Adiós.

Estaban ya fuera de la steak house.

Graham la retuvo.

—Un momento, Natalie. Yo necesito una secretaria. Tal vez te interese mi oferta.

Los ojos de la muchacha se posaron en el detective.

Fijamente.

Con un brillo suspicaz.

—No... No creo que me interese.

—Consideraba a Presnell como un bocazas, pero estaba en lo cierto. Eres una ridícula provinciana que ve peligro por todas partes. De todos desconfías. Eres muy bonita, Natalie, y no podrás evitar que los hombres te miren con admiración. No hay nada malo en ello.

—En tu mirada descubro algo más que admiración. Ralph.

Los ojos de Graham estaban en ese momento recorriendo entusiasmados el cuerpo de la muchacha. Procuró mostrarse insensible a los encantos de Natalie, pero no lo consiguió. Sin embargo, logró dar a su rostro una expresión de inocencia.

—Yo necesito una secretaria y tú estás sin trabajo. Ésa será nuestra única relación. Por otra parte, quiero advertirte que mi profesión es una de las más respetables y honradas.

—¿De veras?

Graham hinchó el pecho.

—Soy detective privado.

Esperó a que la muchacha parpadeara de admiración.

Pero en las bellas facciones de Natalie no se reflejó ningún entusiasmo. Incluso pareció algo decepcionada.

—¿Necesitas de verdad una secretaria?

—¡Seguro! Con el sueldo no te harás millonaria, pero por algo se empieza. ¿Qué respondes?

—Tu sonrisa inspira confianza, Ralph. Además, estoy sin dinero. Acepto y espero no arrepentirme de ello.

—Tengo mi despacho y domicilio en el 1412 de Gabels Street. El barrio no es muy elegante, pero te acostumbrarás a él. Te espero allí dentro de... tres horas. Calculo que en ese tiempo solucionarás mi encargo.

—¿Encargo?

—Por supuesto, Natalie. Vas a comenzar a trabajar ahora mismo.

Debes ganar tus... tu sueldo. —Graham no mencionó la cantidad que pensaba pagarle. No quería defraudarla por segunda vez—. Acude a cualquier hemeroteca para consultar los periódicos de San Francisco. Quiero detallada copia de cuanto se diga del asesinato de Jeanne Anderson. El crimen ocurrió hace unos tres o cuatro meses. Buscas hasta dar con la información. ¿De acuerdo?

—Jeanne Anderson...

—Eso es. Toma estos cincuenta dólares para desplazamientos. Dentro de tres horas en mi despacho, ¿eh?

—Sí, Ralph.

El ovalado rostro de Natalie se había iluminado. Feliz por el trabajo obtenido de forma tan inesperada. De seguro no se mostraría tan eufórica de conocer el sueldo que pensaba pagarle Ralph Graham.

CAPÍTULO VI

La vieja se pasó el dorso de la mano por la ganchuda nariz.

—Tenía que acabar así. Todas terminan igual. Cuando llegó la policía creí que la culpaban de algún delito; pero sólo querían registrar su apartamento. Husmear como usted lo está haciendo ahora. Sí, lo sabía... Jeanne tenía que terminar así. Las mujeres como ella...

—¿Cómo era ella? —interrogó Graham.

La vieja se encogió de hombros.

—¡Qué le voy a decir! Me limito a vigilar la casa y fregotear la escalera. Sí. Ése es mi trabajo. Lo que hagan los demás no me importa, pero a veces resulta difícil cerrar los ojos. Jeanne tenía demasiadas amistades. Sus acompañantes siempre con lujosos coches... Sí, tenía que terminar así.

—¿No puede proporcionarme el nombre de ninguno de esos acompañantes?

—Muy gracioso... ¿Acaso imagina que me eran presentados? Jeanne se daba muchos humos. Me ignoraba y yo correspondía de igual forma. Las chicas de hoy... ¡Basura! Decía que era modelo... Tenía que acabar así. Y apuesto que otro tanto le ocurrirá a Claire Mills.

Ralph Graham arqueó las cejas.

—¿Quién es Claire?

—Su compañera de apartamento.

—¿Sigue aquí?

—¡Oh, no! A la muerte de Jeanne abandonó la casa. El apartamento se le hacía muy grande para ella sola, aunque yo creo que lo elevado era el alquiler.

—¿No sabe dónde puedo encontrar a Claire Mills?

—No.

La seca respuesta de la mujer no desanimó a Graham. Sacó un

fajo de billetes. Aquello hizo que los ojos de la vieja brillaran codiciosos.

—¿Está segura de no saber nada?

—Bueno... Creo que mantenía relaciones con un muchacho del barrio. Un tal William Jackson, propietario de una librería en el número 1402 de esta misma avenida. Antes era mecánico, pero tengo entendido que sufrió un accidente. Es un tipo avinagrado que goza de gran antipatía. En el accidente quedó mutilado y eso le trastornó un poco. Jamás le he visto de nuevo con Claire, pero sé que eran muy amigos. Algo más que amigos.

Graham guardó su fajo de billetes.

Tan sólo ofreció cinco dólares a la mujer.

—Gracias. Adiós.

El detective se alejó.

La vieja, tras contemplar los cinco dólares, susurró:

—Adiós..., bastardo.

El insulto no llegó a oídos de Graham, pero lo imaginó. Ya se había acomodado en el interior del «Mustang». Realizó un prohibido cambio de dirección para descender por la Gray Avenue en busca del 1402.

La librería mencionada por la mujer estaba instalada en la planta baja de un edificio de gris fachada. La casa contigua se veía en ruinas. Deshabitada. Próxima al derribo.

Ralph Graham consiguió estacionar cerca del establecimiento. Descendió del auto y encendió su enésimo cigarrillo del día. Quedó unos minutos frente al escaparate contemplando en superficial mirada los libros y revistas expuestos.

Penetró en el local.

No parecía existir mostrador de ventas. Los libros y demás publicaciones se amontonaban sobre mesas y estanterías.

Un individuo de unos veinticinco años se aproximó lentamente al encuentro del supuesto cliente.

—Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

Ralph Graham clavó sus ojos en el hombre.

Tenía el brazo derecho pegado al cuerpo. Los dedos engarfiados e inmóviles. La mano poseía un tono verdoso y nauseabundo. Arrastraba la pierna izquierda al andar. Su rostro deformado. La nariz rota y los pómulos salidos de su emplazamiento.

—¿William Jackson?

—Sí, yo soy.

Graham le mostró su licencia de detective privado.

—Quisiera formularle algunas preguntas, Jackson.

William Jackson se puso en guardia. Su rostro se transfiguró. Sus ojos semiocultos por los caídos párpados destellaron. Los labios, carnosos y agrietados, trazaron una dura línea.

—¿Qué clase de preguntas?

—Pues... se trata de una herencia. Un tal Donald Mills marchó hace treinta años a Sudamérica. Se estableció finalmente en Buenos Aires convertido en uno de los más poderosos magnates del petróleo. Murió solo.

Sus abogados investigan para localizar algún posible pariente. Las pistas parecen conducirnos a Claire Mills.

El brillo en los ojos de William Jackson se acentuó. Sus labios esbozaron ahora una extraña sonrisa.

Muy poco tranquilizadora.

—¿De veras?

—Posiblemente Claire Mills heredará unos cincuenta millones de dólares. El resto de La fabulosa fortuna de Donald Mills pasará a centros benéficos. Claire es su novia, ¿verdad?

—Lo fue.

—Comprendo. —Graham dirigió una penetrante mirada al individuo. En especial al rígido e inmóvil brazo—. Le abandonó después del accidente.

Jackson rió en amarga carcajada.

—¿Accidente? Oh, sí... ¿Cómo sabe lo de mi accidente, Graham?

—Mi trabajo es hacer preguntas. Jackson. Me informaron de su accidente y de sus relaciones con Claire Mills. Por eso estoy ahora aquí.

—Para hablar con Claire de la herencia.

—Correcto.

—Bien, Graham. Como yo la he dicho, mis relaciones con Claire terminaron, pero seguimos siendo buenos amigos.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Claire no desea ver a nadie, Graham. No recibe visitas. Aunque tal vez yo le consiga una entrevista. Se trata de una posible herencia de cincuenta millones de dólares... De seguro interesará a

Claire. Vive cerca de aquí.

—¿Dónde?

—Ella no recibe a nadie, pero haré que acuda. No pueden reunirse en un lugar público por motivos que no vienen al caso. El lugar más adecuado para la entrevista es el edificio en ruinas contiguo. ¿Qué le parece?

—Si consigo hablar con Claire no me importa el lugar.

—Perfecto. Convenceré a Claire para que acuda antes de cinco minutos. Puede esperarla en la primera planta. No se preocupe. El edificio está deshabitado. Sólo por las noches lo frecuentan vagabundos y ratas.

—¿Cinco minutos?

—Eso es. Claire vive muy cerca de aquí. Le prometo que no esperará más de ese tiempo. En caso de que Claire no accediera a la entrevista iré a comunicárselo a usted.

—Gracias.

Ralph Graham abandonó la librería.

Jackson sonrió. En su deformado rostro pareció reflejarse la felicidad. Tenía motivos para sentirse eufórico. Avanzó torpemente hacia un teléfono sumergido entre los desordenados libros.

Su mano izquierda atrapó el auricular permitiendo que el dedo índice pudiera recorrer el dial.

—¿Eres tú, Glenn? —preguntó William Jackson a través del micro—. Avisa a los muchachos. Hay que matar a un hombre.

El edificio en ruinas estaba protegido por una alta empalizada para evitar que posibles desprendimientos llegaran a la calzada. La débil portezuela de la cerca había sido forzada.

William Jackson estaba en lo cierto.

Aquello por las noches se convertiría en refugio de vagabundos y maleantes. Las ratas no se molestaban en esperar la oscuridad de la noche para hacer su aparición. Una de ellas, gorda y lustrosa, acudió a recibir a Graham.

El detective la ignoró. Sus ojos estaban estudiando la entrada. Paredes y columnas agrietadas. Un penetrante olor a humedad impregnaba todos los rincones.

Ralph Graham subió la escalera.

En la primera planta tres puertas. Abiertas. Sin duda aquellas tres viviendas fueron destinadas a despachos o empresas

comerciales. Aún se veían algunos destartalados muebles.

Graham encendió un cigarrillo mientras consultaba la esfera de su reloj.

Suponiendo que Jackson hubiera dicho la verdad, ¿por qué tanta precaución en Claire Mills? ¿Por qué esconderse? ¿De qué tenía miedo?

¿Acudiría a la cita?

El detective sonrió.

La historia de una herencia de cincuenta millones de dólares más que fabulosa era absurda. Ni un niño la creería. Sin embargo, William Jackson la aceptó.

¿Por qué?

Un leve ruido sobresaltó a Graham haciéndole girar con rapidez. Fue como unas débiles pisadas que parecían proceder de la escalera.

Ralph Graham salió al corredor.

Justo en el momento en que tres individuos hacían su aparición.

Tres tipos melenudos cortados por un mismo patrón. Vestían negras zamarras de cuero, pantalones tejanos, botas... Típicos miembros de una de esas bandas juveniles que deambulan por Nueva York. «Ángeles del Infierno», «Diablos Negros», «Hijos de Satán»...

Sí.

Se podían agrupar todas bajo el denominador común de hijos de perra.

Ralph Graham forzó una sonrisa.

—Buenos días, caballeros.

Los tres individuos también sonrieron, aunque de muy distinta forma.

Satánicamente.

Eran jóvenes. Uno de ellos, de rubio y desordenado cabello, introdujo la mano derecha en el bolsillo de su chaquetilla. Extrajo unos nudillos de acero. Se ajustó la manopla sin abandonar la sonrisa de sus labios.

—¿Qué haces en nuestros dominios?

—¿Vuestros dominios? Lo ignoraba, muchachos. Tranquilos. Ahora mismo me largo y aquí no ha pasado nada.

Los tres melenudos se distanciaron cerrando el paso al detective.

—Un tipo gracioso, ¿verdad, amigos? —comentó el rubio—.

Nunca me gustaron los bocazas. Me recuerdan a mi padre.

—¿Iniciamos el baile, Glenn? —preguntó otro de los jóvenes, que lucía en su zamarra varias insignias metálicas.

Glenn era el fulano rubio.

Asintió.

El baile iba a comenzar.

Ralph Graham se vio rodeado por los tres individuos. Había olvidado su revólver. Con él hubiera amenazado a los melenudos obligándoles a retroceder. Sin embargo, era ahora el detective quién daba marcha atrás.

Con el miedo reflejado en el rostro.

Los tres melenudos sonrieron.

Convencidos de que acorralaban a una fácil presa.

Súbitamente Graham dejó de retroceder. De ágil y acrobático saltó se abalanzó sobre el primero de ellos para soltarle un violento trallazo en la boca. No se molestó en comprobar los efectos del golpe, ya que Glenn se había precipitado sobre él.

Proyectando aquellos mortíferos nudillos de acero.

Graham le esquivó, correspondiendo con un patadón al bajo vientre del rubio. Se disponía a redondear el trabajo cuando un lacerante dolor le cortó la respiración. Sintió como si su cuerpo se partiera en dos. Quedó lívido. Con la boca entreabierta. Boqueando...

El tercer melenudo le había atacado con una larga cadena de acero. El brutal trallazo al costado fue lo que dejó a Graham semiaturdido. Aquellos segundos de vacilación resultaron fatales para el detective.

Glenn y el segundo melenudo ya se habían recuperado y lanzaban sus puños una y otra vez sobre Graham.

Sin piedad.

Ralph Graham cayó de rodillas.

Glenn le atizó un puntapié en la cabeza. No se dio por satisfecho. Sus botas buscaron salvajemente el cuerpo del caído.

—Pierdes el tiempo, Glenn. Ya no siente nada.

—Aún no ha muerto —jadeó Glenn prosiguiendo el brutal castigo—. El muy maldito creyó poder sorprendemos.

—¿Piensas liquidarle a patadas? No seas estúpido, Glenn. Estamos en un primer piso, pero el hueco del ascensor llega hasta

los sótanos. Una considerable altura. Las ratas harán un buen trabajo antes de que se descubra el cadáver.

El rubio melenudo sonrió.

Su rostro reflejó una mueca de satisfacción.

—No es mala idea... ¡Ayudadme!

Los tres jóvenes arrastraron al inconsciente Graham por el largo corredor. Llegaron hasta el emplazamiento del ascensor. La cabina había sido retirada. También el motor. La portezuela, faltos los mecanismos de seguridad, podía abrirse.

Glenn volvió a sonreír.

—Estás en lo cierto, Cliff. Una considerable altura. Dudo que se encuentre su cadáver antes de una semana. Y para entonces las ratas habrán hecho un buen trabajo. Adelante con él, amigos. ¡Arrojadle!

Los dos melenudos se inclinaron arrastrando a Graham hacia el hueco del elevador.

Se escuchó el siniestro chillar de las ratas procedente del sótano. Saboreando de antemano el manjar que les iba a ser ofrecido.

CAPÍTULO VII

—¡Quietos!

Los tres melenudos se volvieron.

Contemplaron intrigados a William Jackson que avanzaba en torpe carrera por el pasillo. Arrastrando penosamente su pierna izquierda. Su rostro congestionado y perlado por finas gotas de sudor.

Glenn le fue al encuentro.

—¿Qué ocurre, William?

—Dejadle con vida.

Los tres melenudos se miraron entre sí. Parecían muy decepcionados por aquella nueva orden.

—Tú mismo habías dicho que...

—Lo sé, Glenn. Sufrí un error.

—¿Un error? —Glenn se despojó de los nudillos de acero, guardándolos en su negra chaquetilla de piel—. Nos avisaste para que liquidáramos a este individuo. Fue uno de los que te dejaron tullido, ¿no es cierto? Juramos vengar aquella brutal paliza que te dieron, William. Somos amigos y...

—Os agradezco todo cuanto hacéis por mí, Glenn.

—Tú formabas parte de nuestra pandilla, William. Eras nuestro jefe hasta que aquellos desconocidos hijos de perra te dejaron así. Es justo que ellos también paguen. No tengas remordimientos, William. Un simple empujón y...

—No, Glenn. Ya te he dicho que sufrí un error. Este hombre nada tiene que ver con los que me atacaron hace cuatro meses.

—Pero tú...

—Me equivoqué. Dejadle.

Glenn terminó por encogerse despreocupadamente de hombros.

Los tres melenudos se alejaron descendiendo la escalera que conducía a la planta baja.

William Jackson se inclinó sobre el caído.

Comenzó a registrar los bolsillos de Graham. Durante unos segundos contempló fijamente la licencia de detective privado. Como queriendo comprobar su autenticidad.

—Estarías mejor muerto, maldito. Pero ella no quiere...

Las palabras de Jackson fueron un leve susurro.

Se incorporó, alejándose con su característico andar.

No había avanzado unas cinco yardas cuando Ralph Graham abrió los ojos. Permaneció inmóvil hasta que vio a Jackson desaparecer bajando la escalera. Sólo entonces trató el detective de levantarse.

Al hacerlo no pudo evitar un ahogado gemido.

Le dolía todo el cuerpo. Todavía respiraba con dificultad. Se tambaleó caminando vacilante. Había recobrado el conocimiento cuando ya se disponían a arrojarle por el hueco del elevador. Se disponía a actuar, con nulas posibilidades de éxito, cuando tan oportunamente surgió William Jackson.

Había escuchado su conversación con los tres melenudos.

Muy interesante, aunque Ralph Graham seguía sin entender nada.

Sólo un par de conclusiones. Jackson no sufrió ningún accidente. Quedó lisiado a consecuencia de una paliza por unos hombres. ¿Quiénes?

Pregunta sin respuesta.

El «accidente» de William Jackson ocurrió hace cuatro meses.

Cuatro meses...

Muy significativo.

Hace cuatro meses ocurrieron muchas cosas.

El extraño y prolongado sueño de Charly Heeren en el hotel de San Francisco, la muerte de Jeanne Anderson, la aparición del chantajista con las fotografías; Claire, compañera de Jeanne, abandona el apartamento con destino desconocido... y la brutal paliza a William Jackson.

Sí.

El mes de mayo fue pródigo en acontecimientos.

¿Todos ellos relacionados con el chantaje a Charly Heeren?

Nueva pregunta sin respuesta.

Ralph Graham se llevó un cigarrillo a los labios. Uno de los

pocos que quedaron intactos en la cajetilla. Exhaló una bocanada. El tabaco pareció reanimarle. Lentamente descendió la escalera y abandonó el edificio.

En la Gray Avenue encontró uno de los postes de agua. Limpió allí su ensangrentado rostro. Los viandantes le contemplaron con indiferencia. Ninguno acudió para ofrecer su posible ayuda.

Aquello era normal en Manhattan.

«Ignorar al prójimo y sus problemas».

Buen método para vivir sin complicaciones.

Ralph Graham se encontraba a poca distancia de la librería de Jackson. Estuvo tentado de acudir para expresarle su agradecimiento por la paliza recibida; pero prefirió dejarlo para mejor ocasión. Recordó las palabras de Jackson inclinado sobre él.

«Estarías mejor muerto, maldito. Pero ella no quiere».

¿Ella?

¿Claire Mills?

Ralph Graham se llevó las manos a la cabeza. Todo flotaba a su alrededor. Decidió por el momento no pensar más en aquel maldito asunto. Encaminó sus pasos hacia el *snack* más próximo. Penetró en el local y buscó la más discreta de las mesas.

Un doble de *whisky* le sentaría bien.

Llevaba unos diez minutos de permanencia en el local cuando vio entrar a William Jackson. Éste no se percató de la presencia del detective. Portaba un pequeño libro de tapas rojas en su mano izquierda. Solicitó un *gin-tonic* en el mostrador para luego introducirse en la cabina telefónica. La abandonó a los pocos segundos.

Graham, desde la apartada mesa, había seguido sus movimientos.

Un detalle le llamó poderosamente la atención.

William Jackson había dejado el libro en la cabina de teléfonos.

¿Deliberadamente?

Jackson abandonó el *snack* sin molestarse en consumir el pedido. Olvidando el libro. Sin dirigir ni una sola mirada a los escasos clientes del local. Actuando con una indiferencia que parecía real.

Cuando Ralph Graham se disponía a acudir a la cabina, alguien se le adelantó.

Una muchacha pelirroja que hasta entonces había permanecido junto a la máquina tocadiscos. Avanzó despreocupadamente hacia la cabina telefónica y permaneció unos instantes en su interior. Cuando salió, llevaba el libro de tapas rojas en sus manos.

Ralph Graham, pese a mantener una prudente distancia, no perdía de vista al «Mercury». En aquel coche se había introducido la muchacha pelirroja tras apoderarse del libro de Jackson.

Abandonó la Gray Avenue enfilando hacia Greenwich Village. A la altura del New York Hospital el tráfico se hizo más intenso y lento.

Graham, temiendo perder el contacto con el «Mercury», se vio obligado a adelantarse. Reducida la distancia, y aprovechando la detención ante un *stop*, se dedicó a observar detenidamente a la mujer.

Parecía joven. De largo cabello. Pelirroja. Vestía un conjunto de casaca y pantalón en algodón blanco. Iba sola en el auto.

El «Mercury» reanudó la marcha.

Ralph Graham hizo otro tanto prosiguiendo la persecución. Se prolongó durante veinte minutos, concluyendo en Nowack Street. El «Mercury» estacionó a la altura del número 800. La muchacha abandonó el auto y caminó hasta llegar al edificio 840.

Graham también había descendido de su coche.

Segundos más tarde se introducía en el 840 de Nowack Street precipitándose hacia el elevador. Los indicadores luminosos marcaban los diferentes pisos. Quedó momentáneamente fijo el número cinco.

El detective retrocedió para consultar los casilleros.

Planta número cinco. Tres viviendas. Paul Duggan y señora Duggan, un tal Clint Richards y Jennifer Knox.

El elevador había retomado a la planta baja.

Ralph Graham se decidió por la vivienda de Jennifer Knox. De estar equivocado, pasaría al apartamento de los Duggan y al de Clint Richards. Recorrería todo el edificio hasta dar con la muchacha pelirroja.

El ascensor le depositó en la planta número cinco.

Pulsó el llamador del apartamento correspondiente a Jennifer Knox. La puerta se abrió casi al instante.

Había acertado.

Bajo el umbral estaba la muchacha que había seguido desde la Gray Avenue.

—¿Jennifer Knox?

—Sí, yo soy. ¿Qué desea?

—Vengo a recoger el libro de William Jackson.

La expresión cambió en el rostro de la joven. Palideció intentando cerrar la puerta; pero Graham esperaba aquella reacción. Empujó con violencia la hoja de madera y penetró en el apartamento.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¡Salga ahora mismo o aviso a la policía!

Ralph Graham no le hizo el menor caso. Sobre la mesita del *living* descubrió el libro de tapas rojas. Lo atrapó. Entre sus páginas encontró una cartulina con líneas escritas en tembloroso trazo. Muy breves.

«La licencia de detective a nombre de Ralph Graham parece auténtica. Has cometido un error no permitiendo que acabara con él, Claire. Espero no tengas que lamentarlo. Nos veremos esta noche en The Buffalo,
»William».

Graham contempló sonriente a la pálida muchacha.

—Nuestro amigo William también ha cometido un error, Claire. ¿Por qué te haces llamar Jennifer? ¿De quién te escondes?

El rostro de Claire Mills reflejaba un indescriptible terror. Sus azules ojos contemplaban atemorizados a Graham. Estaba excesivamente maquillada. Largas y postizas pestañas, pecas en las mejillas...

—Adelante, maldito. Lo habéis conseguido... ¡Acaba también conmigo!

Graham entornó los ojos.

Su mirada se hizo penetrante, inquisitiva. Era la mirada de un hombre que no comprende nada.

Su diestra fue hacia el pelirrojo cabello femenino. Lo arrancó de brusco tirón. Tal como había imaginado, aquello era una peluca. El pelo natural de Claire era negro intenso. En cuanto a aquellos ojos azules...

—¿Microlentillas, Claire? Apuesto a que tus lindas pecas también son artificiales. ¿Me equivoco?

—¡Acaba conmigo de una vez!

Ralph Graham sonrió tratando de calmar a la asustada muchacha.

—Sufres un error, Claire. No quiero causarte ningún daño. Si quieres avisar a la policía puedes hacerlo. No lo impediré.

—¿Por qué esta cruel burla? Demasiado sabes que no acudiré a la policía.

El detective parpadeó.

No entendía absolutamente nada.

—¿Por qué no, Claire?

—¡Al diablo contigo, bastardo! Estás aquí por lo de Alpha, ¿no es cierto? ¡Cumple con tu misión! Te pagarán bien por haber dado conmigo. ¡Adelante, maldito! ¡No tengo miedo a la muerte! ¡Es preferible a vivir continuamente acosada, cambiando de nombre, de domicilio, de personalidad...! ¡Terminemos ya!

Claire ocultó el rostro entre sus manos.

Gruesas lágrimas de desesperación y miedo surcaron sus mejillas dibujando trazos en su maquillado rostro.

Graham suspiró resignado.

—Vayamos por partes, pequeña. Vuelvo a decirte que no tengo intención de hacerte ningún daño. Ignoro qué es eso de Alpha y no soy un asesino a sueldo.

—Estás mintiendo.

—Si en verdad fuera tu asesino no perdería el tiempo, Claire. Ya estarías muerta, ¿no lo comprendes? Desconozco las causas por las que no quieres acudir a la policía. ¿Por qué no llamas a William? Él es tu amigo. Avísale. Puede acudir con sus melenudos en tu ayuda.

Los llorosos ojos de la mujer se posaron en Graham.

Incrédulos.

—Si intento telefonar, tú...

—Hazlo, Claire. No lo impediré.

Claire Mills retrocedió hasta el salón. Temblorosa. Sin apartar la mirada de Graham. Sobre el mueble-bar estaba el teléfono. Se apoderó del micro.

Ralph Graham la contemplaba desde la puerta del salón.

Con indiferencia.

El dedo índice de la muchacha recorrió el dial, pero no esperó la señal de llamada. Colgó el auricular.

—¿Quién eres?

—William ya te lo ha dicho. Ralph Graham, detective privado.

—¿No..., no estás aquí por lo de Alpha?

—¿Qué diablos significa Alpha?

El estupor de la joven era total. Parpadeó repetidamente contemplando estupefacta a Graham.

Comenzó a reír histérica.

—Entonces... ¿qué quieres de mí? ¿Por qué me has seguido?

—Un cliente me encargó dar con el paradero de Jeanne Anderson.

—Jeanne ha muerto.

Graham encendió un cigarrillo.

Ofreció uno a la joven, que aceptó de buen grado.

—Lo sé, Claire. Mi cliente lo ignoraba. Tú compartías el apartamento con Jeanne Anderson. Me informaron de tus relaciones con William Jackson. Acudí a él para preguntarle por tu paradero y me envió a tres aprendices de asesinos. Tres melenudos hijos de perra.

—Le ordené que no te matara.

—¡Oh, sí...! Lo había olvidado. Te estoy muy agradecido, Claire. Has demostrado tener muy buen corazón.

—Creí que estabas relacionado con Alpha.

Ralph Graham inspiró profundamente. No volvió a preguntar por el significado de la palabra Alpha. La muchacha no le respondería.

—Si eso creías... ¿por qué me perdonaste la vida?

—William me consultó por teléfono. Si te mataban significaría que estabas sobre una buena pista. Acudirían más asesinos, volverían a interrogar a William y...

—Comprendo. No mucho, pero algo voy entendiendo de este maldito embrollo. ¿Por qué mataron a Jeanne?

Claire sonrió.

—No te importa. Tú no estás relacionado con Alpha.

—Tal vez pueda ayudarte.

La muchacha succionó nerviosamente el cigarrillo. La sonrisa de sus gordezuelos labios desapareció. De nuevo su rostro reflejó

temor.

—Nadie puede ayudarme. Les he burlado por espacio de cuatro meses, pero sé que tarde o temprano terminarán conmigo. Estoy sentenciada. Al igual que Dorothy y Sylvia. Jeanne fue la primera en morir. Nosotras las seguiremos pronto. Las cuatro fuimos sentenciadas.

Graham sacudió la cabeza aturdido.

Dorothy, Sylvia...

¿Quiénes eran?

Y otra vez aquellos fatídicos cuatro meses.

—¿Quiénes son Dorothy y Sylvia?

—Nada te diré, Graham. Permanece al margen de esto. Es un feo asunto.

—¿Y de la muerte de Jeanne?

—No sé nada. Jeanne fue asesinada en San Francisco.

—Y tú estabas aquí en Nueva York.

—Eso es.

—Creo que sigues desconfiando de mí, Claire. ¿Por qué no nos ayudamos mutuamente? Esta noche acudiré a The Buffalo. Me voy ahora sin haber intentado nada contra ti, ¿cierto? Piensa en ello y recapacita.

—No es necesario. Sé que no estás relacionado con Alpha.

—¿Por qué estás tan segura?

—Tú tenías razón. De ser un asesino a sueldo enviado por ellos ya estaría muerta. Ésa es la orden. Matar a Claire Mills apenas descubrir su paradero. Sin pérdida de tiempo. Sin darle ocasión de poder huir.

—Y yo te la doy.

—Sí.

—Con ello te demuestro que no soy portador de malas intenciones, Claire. Sólo me interesa conocer algunos detalles de la vida de Jeanne Anderson. Tú puedes ayudarme respondiendo a algunas preguntas.

—De acuerdo, Graham. Esta noche en The Buffalo.

—¿Prometido?

Se miraron fijamente.

El rostro de Claire Mills pálido como la azucena. Todavía dominado por el fantasma del miedo.

Entreabrió los labios.

—Prometido... Puede que estés en lo cierto y nos ayudemos mutuamente. Tal vez resulte.

Ralph Graham sonrió animosamente.

—Cuenta con ello, Claire.

El detective pasó al *living* para acto seguido abandonar el apartamento de la muchacha. Minutos más tarde estaba acomodado frente al volante de su «Mustang». Consultó la esfera del reloj.

Habían transcurrido cinco horas desde su despedida con Natalie. Su flamante secretaria llevaría dos horas de espera en el despacho.

Ralph Graham apretó a fondo el pedal del gas. Deseando llegar a su apartamento para cambiarse la destrozada ropa y darse una buena ducha. El coche rugió sobre el asfalto. En las calles de Manhattan ya habían hecho su aparición los luminosos de neón para eclipsar las prematuras sombras de la noche.

Una noche que iba a resultar diabólicamente sangrienta.

CAPÍTULO VIII

La cena en aquel lujoso restaurante próximo al Cooper Park llegaba a su fin. Fueron servidos exquisitos manjares aderezados con buen vino. La factura también iba a ser fabulosa.

Pero aquello no parecía importar a Graham.

Sólo tenía ojos para la muchacha.

—¿Empiezo ya, Ralph?

—¿A qué?

—Mi informe. Lo relacionado con el asesinato de Jeanne Anderson.

—Ah, sí... Espera unos minutos, Natalie. Después de tan fastuosa cena el hablar de crímenes resulta contraproducente.

Natalie asintió con una dulce sonrisa en sus gordezuelos labios.

—Tienes razón. Nunca había entrado en un restaurante como éste. De haberme avisado con tiempo me hubiera cambiado de ropa.

Ralph Graham contempló más detenidamente a la joven.

Continuaba con aquel juvenil vestido con escote en «V» cruzado y abotonado hasta la cadera. Modelando seductoramente sus erectos senos.

—Así estás muy bien, nena.

—Sabía que los detectives ganan mucho dinero. Deben ganarlo para poder cenar todos los días en restaurantes como éste.

Graham controló a duras penas una carcajada.

La infeliz de Natalie imaginaba cenar allí todas las noches.

Ya se iría acostumbrando a la realidad.

Ralph Graham no quiso desengañarla.

—Bien, Natalie. Adelante con tu informe.

La muchacha abrió su bolso de mano para extraer unos folios cuidadosamente doblados. Los extendió sobre la mesa.

—¿Qué vas a hacer, Natalie?

—Pues... leerte todo esto. Lo saqué de los periódicos de San

Francisco que comentaban la muerte de Jeanne Anderson.

—Lo copiaste al pie de la letra, ¿eh?

—Sí, Ralph.

Graham suspiró.

Demasiado bonita para ser también inteligente.

—Quiero un resumen, nena. Una sinopsis. Lo más importante.

—Sólo son doce folios, Ralph. En un momento te...

—Haremos otra cosa, Natalie. Al copiar lo habrás aprendido bien, ¿no? Te formularé las preguntas que me interesan.

—De acuerdo.

—Empezaremos por el día del crimen. ¿Cuándo asesinaron a Jeanne Anderson?

—El 20 de mayo. Su cadáver apareció en una de las calles próximas al hotel Cherry. Estaba en...

—Repite eso —interrumpió Graham dando un respingo—. ¿Hotel Cherry?

—Sí. ¿Ocurre algo?

Ralph Graham quedó unos segundos en silencio.

Succionando el cigarrillo una y otra vez.

Pensativo.

La muerte de Jeanne coincidía con la estancia de Charly Heeren en San Francisco. En el hotel Cherry. Y cerca de allí apareció el cadáver.

—Háblame de las investigaciones llevadas a cabo por la policía.

—Poca cosa, Ralph. El cadáver fue descubierto junto a unos bidones de basura. Jeanne tenía las ropas destrozadas. Le habían seccionado la yugular. Según el forense, y por las quemaduras de cigarrillo aparecidas en el cuerpo de Jeanne, fue torturada antes de morir. También se dictaminó que... que...

—¿Violación?

—Sí, Ralph. La policía cree que fue obra de un sádico. El crimen fue monstruoso. Jeanne había llegado el día anterior en vuelo procedente de Nueva York. Se desconocen los motivos de su visita a San Francisco. Tenía habitación reservada en el hotel Cherry. Cenó sola y salió para no regresar más al hotel. Según las declaraciones de los empleados, no habló con nadie. Tenía veintitrés años de edad y domiciliada en Nueva York. En el 2423 de la Gray Avenue.

—¿Algo más de interés?

—Su bolso. Apareció junto al cadáver. Sin un centavo. Sin duda trataron de robarle, y al resistirse la mataron.

—¿Deducción tuya o de la policía?

—Mía.

Graham sonrió burlón.

—Lo imaginaba. Si el asesino sólo quería el dinero, ¿por qué se dedicó a torturarla con la punta de un cigarrillo?

—Pues... el asesino es un sádico. Un psicópata. No se pueden calibrar las reacciones de un demente.

—No sirve.

—¿Buscas al asesino de esa muchacha, Ralph?

—No lo sé. Es posible.

—Debes saberlo.

Ralph Graham volvió a sonreír.

¿Serían el chantajista y el asesino de Jeanne una misma persona?

—No más preguntas, Natalie. No resulta correcto interrogar a un detective. Y a mí no me gusta.

—¿Tampoco puedes decirme quién te golpeó? Llegaste al apartamento en lamentable estado.

—Ya te lo dije, nena. Tropecé con una puerta.

—Muy gracioso. Creí que la secretaria de un detective debería estar al corriente de los asuntos de su jefe. He leído muchas novelas policíacas. La secretaria le es de mucha ayuda. Incluso le soluciona los casos. ¿Cuál es el nuestro, Ralph? ¿Quién es el cliente?

—No más preguntas, Natalie.

—Pero es que yo quiero...

—¿Bailamos?

En esta ocasión la interrupción de Graham fue bien acogida por la muchacha.

Saltaron a la pista entremezclándose con las demás parejas. En el Ogden, como en la mayoría de los elegantes restaurantes neoyorquinos, existía una maravillosa orquesta.

Música suave, lenta, pegadiza...

La preferida por Ralph Graham.

Enlazó a la muchacha por la cintura atrayéndola contra sí. Natalie le correspondió echándole los brazos al cuello. Ralph Graham sintió el turbador contacto del cuerpo femenino.

Aproximó su rostro deslizando los labios por la mejilla de Natalie. Los dejó junto al lóbulo izquierdo susurrando palabras que hicieron estremecer a la muchacha.

El detective se olvidó de Charly Heeren, de Jeanne Anderson, de Claire Mills, del misterioso chantajista...

De todo menos de Natalie.

El «Mustang» se detuvo con suavidad.

—¿Es aquí donde vives?

—Sí, Ralph. Con una familia que fue amiga de mis padres. Me aprecian y tratan como a una hija.

—Yo también te cuidaría bien, Natalie. Si decides cambiar de apartamento...

—Muy amable. Bueno, ¿de verdad quieres que me retire? Es muy temprano. Apuesto a que tú no te vas a dormir.

—No empieces a formular preguntas, pequeña. Deja esa fea costumbre para mí. Mañana pasaré a recogerte. ¿De acuerdo?

—Sí, Ralph.

Graham se inclinó y besó a la muchacha en la comisura de los labios. También tendió con fingida indiferencia su mano hacia la rodilla femenina. Aquello hizo que Natalie abandonara precipitadamente el auto.

Desde la entrada del edificio agitó sonriente la mano izquierda.

Ralph Graham correspondió con una sonrisa.

Puso en marcha el «Mustang».

Con dirección al club The Buffalo.

Era aún algo temprano para iniciar la velada en un *night-club*, pero el detective quiso adelantarse a la posible llegada de Claire y Jackson. Conocía The Buffalo.

Graham conocía todos los tugurios de Manhattan.

Y The Buffalo era una pocilga de cinco estrellas.

Lugar muy poco adecuado para citarse con una mujer. Sin embargo, y por la nota dejada por William Jackson, parecía local frecuentado por Claire.

Todo aquello era muy extraño.

Ralph Graham, mientras conducía el auto por las proximidades del City Hall Park, rememoró los acontecimientos de aquel agitado día. La misión de Harvey Elliot, la chica del calendario asesinada,

su conversación con Jackson, los melenudos, el fotógrafo Presnell y su interrogatorio a Claire Mills.

Nada parecía guardar relación con un chantaje a Charly Heeren.

Graham reconoció que estaba dando palos de ciego, pero no podía hacer otra cosa. Claire Mills, por su amistad con Jeanne, era su única pista. Puede incluso que hubiera formado parte del grupo fotografiado con Charly.

El detective estacionó el auto a poca distancia del club The Buffalo. Cruzó la calzada. Bajo el descolorido toldo con ribetes antaño blancos estaba un uniformado individuo. Más que el portero parecía un catcher sonado. Saludó con un gruñido la entrada de Graham.

Éste descendió la escalinata que conducía al local.

En efecto, y dado lo prematuro de la hora, la clientela era escasa. No obstante, el hedor a bestia humana se dejaba sentir con intensidad. Sin duda aún permanecía latente desde la noche anterior.

Varias cocktail-waitress deambulaban aburridas luciendo su descarada y reducida vestimenta. Una de las chicas, con un pronunciado escote que dejaba muy poco para la imaginación, fue al encuentro del detective.

—Hola, encanto. ¿Me invitas a un...?

—Otro día, hermana —interrumpió Graham, dándole una palmada en el trasero.

El detective había descubierto a William Jackson.

Estaba en una de las mesas más alejadas de la pista. Con un largo vaso de *whisky* en su mano izquierda. Con la cabeza inclinada. Por ello no se percató de la proximidad de Graham.

—Buenas noches, William. ¿Puedo sentarme?

Jackson dio un respingo.

Al ver a Ralph Graham palideció y trató de incorporarse.

—Tranquilo, muchacho. Vengo en son de paz. Te perdono el haberme enviado a los melenudos. Tengo muy buen corazón. ¿Todavía no ha llegado Claire?

La palidez se acentuó en el rostro de William Jackson, adquiriendo tonalidades cadavéricas.

—¿Cómo sabe...?

Graham se había acomodado en una de las sillas. Sacó su

cajetilla de «Pall Mall» para llevarse un cigarrillo a los labios.

—Hablé con Claire.

—Está mintiendo. Trata de sonsacarme para...

—No seas idiota, William. Hablé con Claire. ¿O prefieres que la llame Jennifer Knox? No. Claire Mills es su verdadero nombre, ¿verdad? Vive en el 840 de Nowack Street. Utiliza peluca, microlentillas azules y unas pecas muy favorecedoras. ¿Más detalles, William?

—¡Si le ha hecho algún daño, juro que...!

—Me citó aquí, William. Creo que necesita ayuda y yo puedo ofrecérsela.

—¿Le citó?

—Eso es. Estoy aquí, ¿no? También tú la estás esperando. No somos enemigos, William. Los dos tratamos de proteger a Claire.

—Me sorprende que haya confiado en usted. Un detective privado que sin duda trabaja para ellos.

—¿Ellos?

—Los hombres que quieren matar a Claire. ¿Usted no...?

—No, William. Voy a poner las cartas boca arriba. Mi único interés se centra en Jeanne Anderson. Ignoraba que había sido asesinada. Por eso quiero formular algunas preguntas a Claire.

—¿Relacionadas con Jeanne?

—Eso es. Tú la conocías, ¿verdad?

—Sí. Era la compañera de Claire. Cuando fue asesinada, Claire quedó dominada por el miedo. Se escondió utilizando otro nombre, maquillando su rostro, desfigurando su aspecto anterior con pelucas... En la Gray Avenue era conocida mi amistad con Claire. Llegaron dos hombres preguntando por el paradero de Claire. Les dije que no sabía nada, y entonces...

William Jackson hizo una breve pausa. Sus ojos fueron hacia el rígido brazo pegado a su cuerpo. Sonrió en dura mueca.

—Me golpearon una y otra vez... Brutalmente... Pero yo nada les dije. Sé que controlan mis movimientos. Vigilando. Claire y yo tomamos muchas precauciones. Cuando ahora llegue, no acudirá a la mesa. Nos vemos en uno de los reservados. Aunque llegaran a sorprendernos no reconocerían a Claire. Está muy bien caracterizada.

—¿Por qué quieren matarla?

Jackson se atizó un largo trago de *whisky*.

—Tú no eres de ellos, de serlo no harías esas preguntas. Jeanne y Claire eran modelos. Una poderosa organización, cuyos miembros desconozco, quieren ahora eliminar a Claire. Lograron acabar con Jeanne. Ellas descubrieron el sucio negocio.

—¿Qué negocio?

—Trata de blancas.

Graham entornó los ojos.

En sus labios se esbozó una imperceptible sonrisa.

—Comprendo. Jeanne y Claire descubrieron a una organización que se dedicaba a la trata de blancas entre bellas modelos. Por eso liquidaron a Jeanne y quieren hacer lo mismo con Claire. Muy interesante. ¿Quién te contó la historia, William?

—La propia Claire. Cuando mataron a Jeanne acudió a mí para que la protegiera. Nos amamos. No consentiré que nadie le haga daño.

Ralph Graham succionó el cigarrillo.

No creía una sola palabra de aquello. Puede que Jackson fuera sincero, pero Claire le había soltado un embuste. Sin duda para mantenerle al margen. Y el muy incauto se lo tragó.

—Una última pregunta, William. ¿Qué es Alpha?

—¿Alpha? La primera letra del alfabeto griego. ¿A qué viene esa estupidez?

El detective suspiró resignado.

William Jackson no le iba a resultar de mucha ayuda. Mejor esperar la llegada de Claire. Se disponía a solicitar un *whisky* cuando vio que Jackson trataba de incorporarse.

—¿Qué ocurre, William?

—Voy a casa de Claire. Me preocupa su retraso. Ya debería estar aquí.

—Aún es temprano.

Jackson denegó al tiempo que depositaba cinco dólares sobre la mesa.

—No, Graham. Siempre llega puntual. Y ahora se retrasa treinta minutos. Jamás lo había hecho. Voy a buscarla.

—Iré contigo.

William Jackson no hizo ningún comentario. Cruzó la sala en dirección a la escalinata. Con su brazo derecho pegado al cuerpo,

arrastrando penosamente la pierna...

Los dos hombres que atacaron a Jackson habían hecho un buen trabajo. Y no consiguieron que hablara.

Graham le admiró.

William Jackson, por proteger a su amada, se había convertido en un lisiado. Romántica y triste Love story.

—¿Tienes coche, Graham?

—Sí. Aquel «Mustang» de la esquina. ¿Consideras prudente ir en busca de Claire? Tal vez nos crucemos por el camino.

—Siempre fue puntual. Algo le ha ocurrido.

—De acuerdo, William.

Fueron hacia el estacionado «Mustang».

Ralph Graham se hizo cargo del volante.

También él temía que algo le hubiera ocurrido a la muchacha. Por eso dio la máxima potencia al auto mientras el tráfico lo permitiera. Saltó algunos semáforos en rojo deseoso de llegar cuanto antes.

Veinte minutos más tarde el «Mustang» se adentraba por Nowack Street.

Ralph Graham encontró un espacio cerca del número 840. Estacionó en hábil maniobra. Los dos hombres no habían pronunciado palabra durante el trayecto. Sólo ahora, al descender del coche, intercambiaron una mirada.

Penetraron en el edificio.

El elevador les depositó en la planta número cinco.

Fue William Jackson el primero en adelantarse para pulsar el llamador de la puerta.

Una y otra vez.

Nerviosamente.

Sin dar tiempo a una posible respuesta, introdujo su mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta para apoderarse de una llave que encajó perfectamente en la cerradura.

Los dos hombres se adentraron en el apartamento.

El salón permanecía iluminado.

Hacia allí encaminaron sus pasos.

Todo parecía en orden. Una de las puertas que comunicaba con el salón aparecía entreabierta. William Jackson la empujó.

La estancia correspondía al dormitorio de Claire.

Jackson retrocedió como si hubiera recibido un golpe.

Ralph Graham, junto a él, también sintió que sus piernas vacilaban.

Claire Mills jamás hubiera podido responder a la llamada.

Estaba allí.

Atada de pies y manos a los cabezales del lecho. Con las ropas destrozadas. Negros puntos por todo su cuerpo. Producidos por las quemaduras de un cigarrillo. Los ojos de la muchacha desorbitados y en su rostro una mueca de indescriptible terror. Bañada en sangre. Brutalmente seccionada su yugular.

El macabro espectáculo hizo enloquecer a Jackson.

Comenzó a gritar como un poseso.

—¡Maldito...! ¡Tú la has matado! ¡Maldito!

—Cálmate, William. Yo no...

Graham se interrumpió.

La mano izquierda de Jackson había ido veloz al bolsillo interior de la chaqueta para apoderarse de una «Germán Luger».

El negro cañón apuntó a la cabeza del detective.

CAPÍTULO IX

Ralph Graham era un tipo con reflejos.

Entró en acción con pasmosa agilidad. En dos sincronizados movimientos salvó la comprometida situación. Su diestra desvió el arma a la vez que su mano izquierda golpeaba a Jackson en el rostro.

William Jackson se tambaleó aturdido.

Al percatarse de que le había sido arrebatada la «Germán Luger» comenzó a gimotear histérico.

—¡Maldito...! ¡Maldito...! Tú eres el asesino... Tú la has matado...

Graham le abofeteó.

—Escucha con atención, William. ¡Yo no la maté!

Los ojos de Jackson relampaguearon. Parecía más calmado, pero ahora le dominaba una sorda furia.

—No te creo.

—Muy bien, William. Te voy a demostrar mi inocencia. Si yo hubiera matado a Claire no habría acudido contigo a contemplar el cadáver. Si eso no te convence, ¡toma tu maldita pistola!

William Jackson contempló perplejo cómo el detective le tendía el arma. Se apoderó de ella con trémula mano. Por unos instantes volvió a encañonar a Graham.

Éste le sonreía con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Estaba jugando una arriesgada baza.

William Jackson terminó por inclinar la cabeza.

Guardó el arma.

—¿Quién la mató, Graham? ¿Quién fue el hijo de perra?

—Lo voy a averiguar, William. Te prometo que el asesino pagará su crimen.

Ralph Graham se inclinó sobre la infortunada muchacha.

No había duda de que fue torturada. Incluso aún flotaba en el ambiente un nauseabundo hedor a carne quemada. La torturaron para que hablara.

¿De qué?

¿Qué debía confesar?

—Esa historia de la trata de blancas... ¿es cierta, William?

—Me la contó Claire. Aunque creo que me engañaba. No quería que yo me mezclara en sus asuntos.

Graham no hizo ninguna otra pregunta.

Fue hacia la mesa de noche. Allí había una fotografía de Jackson dedicada. Registró el mueble sin encontrar nada de interés. Se encaminó entonces hacia el tocador. Abrió los cajones.

Encontró un cuaderno con varios nombres anotados. Nombres y números de teléfono. Ninguna dirección.

Los ojos de Graham quedaron fijos en uno de aquellos nombres.

Charly Heeren.

También reconoció algunos de los nombres que allí figuraban. Muchos de ellos famosos en todo el país. Personas importantes. Stanley Simmons, ingeniero aeroespacial adscrito a la NASA. Raymond Gardner, importante asesor del Departamento de Defensa. Frank Hayden, experto en armamento nuclear y pionero en proyectiles balísticos intercontinentales...

Sí.

Una larga relación de V.I.P. [1]

¿Por qué aparecían anotados en la agenda de una modelo?

Ralph Graham continuó registrando los cajones hasta dar con un álbum de fotografías. La mayoría de ellas correspondientes a Claire y realizadas por Alex Presnell. Al pie de ellas constaba su firma.

—¿Conoces a un tal Alex Presnell, William?

—No.

El detective sonrió duramente. Su mirada quedó fija en una de las fotografías. Cuatro muchachas en seductor bikini. Sonriendo alegremente a la cámara. Jeanne y Claire eran dos de ellas.

Las otras...

¿Dorothy y Sylvia?

—Echa un vistazo, William. Jeanne, Claire... ¿Quiénes son las otras dos chicas?

—No lo sé.

—Parecen muy amigas de Jeanne y Claire. Hay aquí varias fotografías con las cuatro reunidas. No importa...

De seguro Presnell me dará los nombres. Apuesto a que también son modelos. No me sirves de mucha ayuda, William. Creí que tus relaciones con Claire eran más...

Grabara se interrumpió.

Parpadeó repetidamente ante una de las fotografías del álbum.

Representaba a Charly Heeren y Jeanne Anderson. Bailando en un elegante *night-club*. Sonrientes. Felices...

No.

En aquella fotografía Charly no parecía drogado.

A ése sí le conozco —dijo súbitamente Jackson—. Un día me lo presentó Jeanne. Dijo que era su prometido.

—¿Su prometido?

—Sí. Se llama Charly. Ahora no recuerdo su apellido. Jeanne se iba a casar con él.

Ralph Graham no hizo ningún comentario; pero la palidez de su rostro era bastante elocuente.

Se habían burlado de él.

El bueno de Charly dijo no conocer a la chica rubia de las fotografías base del chantajista. Y esa chica era Jeanne Anderson. Su prometida.

¿Por qué había mentido?

¿Para no delatarse ante Harvey Elliot?

El detective dejó todo tal como lo había encontrado. Tan sólo guardó en su poder la fotografía de las cuatro muchachas en bikini.

—Avisa a la policía, William.

—¿Qué piensas hacer?

Los labios de Graham dibujaron una fría sonrisa.

Por segunda vez en aquel agitado día sus ojos adquirieron un siniestro brillo.

—Ya te lo he dicho antes, William. Voy a cazar al asesino.

La zona residencial de Barrio Law era una de las más elegantes de Nueva York. Destinada exclusivamente a los poderosos. A los fulanos forrados en dólares. A los que miran despectivos al prójimo desde un pedestal de oro.

En aquella zona tenían su mansión los Heeren.

En el 762 de Hars Boulevard.

Un lujoso *bungalow* cercado por altos setos. De una sola planta. Amplio y de moderna construcción. Sin escatimar gastos. Dos piscinas en el jardín y un coquetón invernadero. Un perro mastín, muy poco tranquilizador, deambulaba junto a la verja de entrada. No era el único. Bajo el porche dos perros lobos hacían brillar sus colmillos en la oscuridad.

Ralph Graham se adentró por el asfaltado sendero que conducía a la casa, estacionando ante un reducido *parking*. No descendió del vehículo. No quería ser pasto de aquellas fieras.

Sólo cuando se abrió la puerta del *bungalow* decidió abandonar el «Mustang», aproximándose al porche a grandes zancadas.

Los dos perros siguieron fijamente sus movimientos. Parecían esperar alguna orden. Si esa orden llegaba, el pellejo de Ralph Graham no valía un centavo.

El individuo que estaba bajo el umbral era el mayordomo. Al menos vestía como tal.

—¿Qué se le ofrece?

—Quiero hablar con Charly Heeren.

El individuo arrugó instintivamente la nariz ante el seco y autoritario tono de voz empleado por el detective.

—El señor Heeren no concede entrevistas en su domicilio privado. Máxime a horas tan intempestivas. Puede pasar mañana por las oficinas de la Heeren Aircraft o bien dejarme algún encargo.

—Hablas demasiado, amigo. Anúnciame a Charly. Dile que Ralph Graham quiere verle. Que él decida, ¿de acuerdo?

El mayordomo enrojeció.

Se hizo a un lado, permitiendo el paso de Graham.

—Espere un momento, por favor.

El sirviente se alejó para desaparecer tras una puerta.

Ralph Graham quedó en el *living*.

Como si fuera un paraguas. Claro que aquel *living*, con artístico espejo y severos muebles, era algo fuera de serie. Muy amplio. El detective calculó mentalmente.

Sí.

Aquel *living* era más grande que su apartamento.

—Señor Graham...

El mayordomo, como todos los mayordomos que se precien,

había surgido como un fantasma. Deslizándose los pies. Sin el menor ruido.

Ralph Graham acudió.

El sirviente le había franqueado la puerta del salón para acto seguido desaparecer con profunda reverencia.

Graham quedó anonadada ante el lujo del salón. Sólo durante una fracción de segundo. Prefirió no contemplar las riquezas almacenadas en finas porcelanas y cuadros. No quiso mirar ninguno de los valiosos objetos y muebles. No quiso ser víctima de la envidia.

Por eso centró su mirada en el individuo que permanecía en pie junto a unos butacones ingleses de cuero verde que contrastaban con los tonos castaños del mobiliario.

Era Charly Heeren.

De unos veinticinco años. Rostro de correctas facciones, aunque denotaban falta de energía. Lucía un jersey de cuello cerrado y pantalón azul piloto. Muy deportivo.

—Tome asiento, señor Graham. Harvey Elliot me habló de usted. Mañana pensaba ir a visitarle. Ya no son necesarios sus servicios.

Graham no se sorprendió.

—¿De veras? ¿Sólo un día de trabajo? Deberían tener más confianza en mí, Charly. Deme tiempo.

Charly Heeren sonrió como si le estuvieran pisoteando el estómago. Fue hacia el mueble-bar y sirvió dos vasos de auténtico *whisky* irlandés. Tendió uno al detective.

—Le pagaré bien, Graham. Puede quedarse con cinco mil dólares de los quince que le dio Harvey. ¿Suficiente?

—¿Por qué se prescinde de mis servicios?

Heeren vació el vaso de un solo golpe.

Estaba visiblemente nervioso.

—Ya no son necesarios. El chantajista ha hecho de nuevo su aparición. Solicitando un millón de dólares.

Aquello sí sorprendió a Graham.

—Espero que no hayan cometido el error de pagarle.

—Lo hemos hecho, Graham. Pero en esta ocasión sin ser engañados. Extremando nuestras precauciones. El propio Harvey Elliot le llevó el dinero y regresó con la película. He destruido los negativos. Se acabó el chantaje.

—Por un millón de dólares...

Heeren se encogió de hombros.

—Temí que pidieran más, pero se conformaron con el millón de dólares. De esa suma podía disponer sin recurrir a mi madre ni a la caja de Heeren Aircraft. Fue una suerte. El secreto queda entre usted, Harvey y yo.

—¿No piensa cerrar mi boca para siempre?

—¿Qué quiere decir?

Ralph Graham se incorporó, depositando el vaso de *whisky* en uno de los muebles. Avanzó con los ojos llameantes.

—Escucha con atención, bastardo. He sido la gallina ciega de vuestro maldito juego. Ignoro si mientes tú, miente Elliot... o sois los dos un par de embusteros hijos de perra.

—¡No le tolero que...!

Graham le soltó un trallazo en la boca.

—¡Cierra el pico! Dos mujeres han muerto. Dos muchachas jóvenes y bonitas. Una de ellas Jeanne Anderson. ¡La rubia que aparece contigo en la fotografía! ¡La muchacha que tú aseguras no conocer!

—Yo..., yo no la maté. Es cierto que mentí a Harvey. No quería que descubriera mis relaciones con Jeanne. Yo la amaba... Me iba a casar con ella.

—¿Un Heeren contrayendo matrimonio con una modelo?

—No me importaba.

—Fue asesinada en San Francisco, Charly. Coincidiendo con tu estancia en la ciudad. ¡A poca distancia del hotel donde tú te hospedabas!

—¡No la maté! ¡No la maté!

Charly Heeren perdió toda su entereza.

Se desplomó en uno de los sillones, comenzando a lloriquear con el rostro oculto entre sus manos.

Graham atrapó la botella de *whisky* y le sirvió una abundante dosis.

—Quiero creerte, Charly. Juntos vamos a tratar de componer este maldito rompecabezas del que no entiendo absolutamente nada. ¿Cómo se puso en contacto contigo el chantajista?

—Esta misma tarde. Me telefoneó. Harvey se hizo cargo de todo. Le di el millón de dólares. Tomó precauciones para que en esta

ocasión fuera entregada la película.

—¿Cuándo se rodó esa cinta, Charly?

—No lo sé. Yo debía estar drogado. No recuerdo nada.

Graham se abalanzó sobre él zarandeándole con violencia.

—¡Estás mintiendo!

—¡Le juro que es verdad! No me importaba el chantajista, ni el dinero ni mi carrera política... Únicamente me destrozó el ver allí a Jeanne. Sirviendo de cebo para unas vergonzosas fotografías. Me engañó. Se burló de mí.

—¡Y la mataste en San Francisco! ¡La citaste en el hotel para poder terminar con ella! ¡Jeanne también tenía habitación reservada en el Cherry!

—No. ¡No es cierto! Yo la amaba... La hubiera perdonado... Sólo me importaba ella.

El detective le soltó.

Encendió un cigarrillo, dando tiempo a que Harvey se calmara.

—Okay, Charly. Pasemos a otra cosa. ¿Cómo conociste a Jeanne?

—En una fiesta dada por el retirado senador Keastoon. Me la presentó Claire Mills.

Graham parpadeó.

—¿Claire Mills?

—Sí.

—¿Y de qué diablos conocías tú a Claire?

—Claire asistía con frecuencia a reuniones y fiestas sociales.

—¿Una modelo codeándose con la aristocracia?

—Muchas de esas reuniones eran de negocios. Hombres solos. En salas de conferencias de hoteles. Finalizada la reunión se organizaba un almuerzo y acudían algunas chicas para amenizar la velada. Jeanne y sus compañeras eran las más asiduas. No sólo frecuentaban reuniones de negocios, sino que también eran invitadas a fiestas mundanas. Eran modelos cotizadas, elegantes... Gozaban de la amistad de muchas esposas de personalidades que...

—¿Cuántas eran las compañeras de Jeanne?

—Tres.

Graham sonrió.

—Jeanne, Claire, Dorothy y Sylvia. Ése era el grupo. ¿Correcto?

—Sí.

—Cuatro encantadoras modelos, las cuatro trabajaban para Presnell, las cuatro frecuentando un mismo tipo de reuniones. ¿Conoces a Alex Presnell?

—No.

—El me proporcionó el nombre de las otras dos compañeras: Dorothy y Sylvia. Tal vez estén también muertas. Al igual que Jeanne y Claire.

—¿Qué le ha ocurrido a Claire?

El detective dirigió una dura mirada a Heeren.

—Deberías haberlo visto, muchacho. No lo olvidarías con facilidad. Vomitarías tu primera papilla de caviar. No he terminado mi trabajo, Charly. Y yo siempre termino lo que empiezo.

—El chantajista ha entregado la película.

—¿De veras? Muy bien, amigo Charly. Para ti nada significa un millón de dólares, ¿verdad? Pero yo no quiero que el chantajista lo disfrute. Me da envidia. Puedes quedarte con tus cinco mil dólares. Mañana pasa por mi despacho a recoger todo el dinero. Actuaré sin cliente. ¡Y no descansaré hasta dar con el asesino de Jeanne y Claire!

—Si ésa es su intención, adelante. Puede quedarse con los quince mil dólares, Graham. Yo también quiero que el asesino pague sus crímenes.

—No sé si eres sincero... o un redomado hipócrita. Lo descubriré. Si estás mezclado en estas muertes no te salvará el llevar el apellido de los todopoderosos Heeren.

—Yo no...

Charly Heeren se interrumpió, posando una atemorizada mirada en la puerta del salón.

Se escuchó un taconeo femenino.

—Debe ser mi madre. Por favor, Graham, le ruego que no mencione esas fotografías ni lo del chantajista. Mi madre no sabe nada. No soportaría el que...

Heeren guardó silencio al abrirse la puerta del salón.

Una mujer de unos cuarenta y cinco años, luciendo elegante vestido aderezado con valiosas joyas, hizo su entrada en la sala. En su rostro se reflejó un leve estupor.

—Ignoraba que tuvieras visita, Charly.

—Es..., es el señor Graham, madre. Un policía.

—Del FBI. ¿Cierto, señor Graham? —inquirió la mujer.

Graham sonrió, aceptando el juego creado por Charly Heeren.

—¿Por qué precisamente del FBI, señora?

Martha Heeren correspondió a la sonrisa.

Se adelantó hacia el detective.

Sus ademanes eran distinguidos y pausados. Propios de una gran dama. Su rostro, de serena belleza, parecía poseer la firmeza de carácter que se echaba de menos en Charly.

—Es fácil deducirlo, señor Graham. Sé que el Federal Bureau of Investigation se hace cargo del caso. Es lógico. Los asuntos de espionaje interno corresponden al FBI. ¿Alguna novedad?

Ralph Graham estaba con la boca entreabierta.

Perplejo.

—¿Novedad? ¿A qué se refiere, señora Heeren?

—A la desaparición del proyecto Alpha, por supuesto. ¿Qué otra cosa iba a ser? ¿Han detenido al culpable? Conoce la gravedad del caso, señor Graham. Alpha es el nombre dado a un futuro cohete con múltiples cabezas atómicas, cada una de ellas dotada de autocontrol y que pueden ser lanzadas a distintos objetivos distanciados en una amplia área. Una terrorífica arma que ha sido perfeccionada al máximo superando a los primitivos MIRV [2] Todo el *dossier*, que iba a ser enviado al Departamento de Defensa para su estudio y aprobación, ha desaparecido. Hay que descubrir al culpable cuanto antes. ¡Evitar que salga del país y ofrezca Alpha a una potencia extranjera!

Ralph Graham, continuaba con la boca entreabierta. Se dejó caer en uno de los sillones.

Aquello ya era superior a sus fuerzas.

CAPÍTULO X

Ralph Graham, cuando se hubo retirado la señora Heeren, fue hacia el mueble-bar para servirse un doble de *whisky*.

Lo necesitaba.

—Perdone, Graham... Dije que era usted policía para que mi madre no sospechara su presencia aquí.

—La señora Heeren se ha llevado una impresión muy poco favorecedora del FBI. Me comporté como un idiota.

—Usted nada sabía del desaparecido proyecto Alpha.

El detective sonrió.

—Voy a hacerte una pregunta también algo idiota, Charly. ¿Robaron el Alpha hace cuatro meses?

Heeren quedó pensativo.

—Pues... sí, aproximadamente.

—Lo suponía. Bien, Charly. No te molesto más por esta noche. Aunque creo que nos volveremos a...

Ralph Graham se interrumpió al descubrir un ejemplar de *The Brick* sobre la mesa. Lo abrió por sus páginas centrales, distraídamente. La tinta aún parecía fresca.

Y la fecha.

—¿Estás suscrito a esta basura Charly?

—No.

—Este ejemplar es de la semana próxima. Se pone a la venta los lunes. Y hoy es sábado.

—El redactor jefe es amigo de Harvey. Lo acaba de traer recién salido de máquinas.

—El redactor jefe... ¿Te refieres a Don Neilson?

—Sí, ¿le conoce?

—¡Seguro! —exclamó Graham sin evitar una carcas jada—. El mundo es un pañuelo, Charly. ¿Cuándo llegó Neilson?

—Hace unos minutos. Todavía se encuentra en la casa. Mantiene

largas conversaciones con Harvey.

—¿Se encuentra aquí?

—Eso he dicho.

—¿Dónde?

La excitada voz del detective sorprendió a Heeren.

—Pero... ¿qué ocurre? No comprendo su...

—¡Contesta, maldita sea!

—En el despacho de Harvey Elliot, la segunda puerta del corredor.

Ralph Graham abandonó precipitadamente el salón.

Desde el amplio *living* era visible el alfombrado pasillo.

El detective, ignorando la perpleja mirada del mayordomo, acudió con presuroso paso.

Segunda puerta.

No se molestó en llamar.

Penetró en la estancia, sorprendiendo a Don Neilson y Harvey Elliot inclinados sobre una mesa escritorio. Parecían muy interesados en consultar un ejemplar de *The Brick*.

—Buenas noches, caballeros.

—¡Graham! —exclamó Elliot, estupefacto—. ¿Qué hace usted aquí?

El detective se adelantó con burlona sonrisa en los labios.

—Vengo a informarle del resultado de mi misión, Elliot. ¡Todo un éxito!

—¿Un éxito? Le diré que el chantajista ha cobrado un millón de dólares.

—El chantajista es usted, Elliot.

—¿Se ha vuelto loco?

—¿Tú qué opinas, amigo Don? —preguntó irónico Graham al silencioso redactor jefe de *The Brick*—. ¿También me consideras loco?

Don Neilson, por toda respuesta, llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta y sacó a relucir una «Super-Star».

Rió como una hiena afónica.

—Es absurdo fingir, Harvey. Graham es un tipo listo. Ya te lo advertí. Fue buena idea encomendarle que buscara a las chicas. Sí, Ralph. Gracias a ti hemos podido liquidarlas. Con sólo seguir tus pasos. Eres un tipo inteligente. Te admiro, muchacho.

Harvey Elliot se había acomodado tras su mesa despacho. También en sus labios se dibujó una sonrisa.

—En un principio consideraba el plan absurdo. Lo reconozco. Encomendar a un detective fracasado lo que nosotros no lográbamos hacer. Sin embargo, resultó. Fue una magnífica idea.

Graham apretó con fuerza las mandíbulas.

Dominado por la ira.

—Ahora comprendo...

—No, Graham. Tú no puedes comprenderlo. Soy el cerebro de una organización de espionaje —dijo Elliot con voz carente de inflexión—. Mi matrimonio con Martha Heeren me ayuda a ello. El mundo está corrompido, Graham. Cuatro lindas muchachas lograron sacar información a ilustres personalidades e incluso a las esposas de éstos. Jeanne, Claire, Dorothy y Sylvia. Trabajaban para mí. Muchos secretos de Estado, proyectos de la NASA, del Departamento de Defensa..., han sido transmitidos por medio de The Brick. Sí, Graham. Los mandamos en clave a cierta potencia extranjera. Yo conseguía introducir a las cuatro modelos en fiestas y reuniones de interés para nosotros. Una cara bonita logra muchas cosas, ¿no es cierto? Durante estos años, desde mi boda con Martha, he enviado abundante información.

—¿Por qué matar a las modelos?

—La ambición, Graham. ¡Siempre la ambición de las mujeres! Me traicionaron. Heeren Aircraft y técnicos del Gobierno trabajaron juntos en el proyecto Alpha. Ordené apoderarse de esos planos. Las chicas cumplieron; pero en vez de entregarme el *dossier* se largaron sin dejar rastro. Pensaban venderlo a un agente extranjero que les ofrecía un fabuloso precio. Me traicionaron y eso se castiga con la muerte. No daba con ellas, pero el estúpido de Charly, ignorante de todo, me proporcionó la pista. Tenía una cita con Jeanne en San Francisco. Ella le advirtió que no me dijera nada; pero Charly no supo guardar el secreto.

—Y acabaste con ella.

—Don es el brazo ejecutor.

—¿Por qué torturarlas?

Don Neilson intervino sin abandonar la sonrisa de su rostro.

—Nos interesa conocer el paradero de las demás. Jeanne era una chica valiente. Lo soportó todo sin detallar a sus compañeras. Fue

entonces cuando consulté con Harvey la idea de contratar a un detective privado discreto, honrado... y algo estúpido.

—Ése soy yo.

—Correcto, Ralph.

—¿Por qué presentarme esas fotografías amañadas?

Harvey Elliot rió alegremente.

—Nada de eso, Graham. Las fotografías eran auténticas. Narcotizamos a Charly hace algún tiempo. Antes de que las chicas decidieran traicionarme. Disfrutaron mucho durante la filmación. Yo era el cameraman. Lo de un chantaje a Charly entraba en mis planes futuros. Necesitamos dinero para nuestra causa. Yo no lo tengo. La Heeren Aircraft es de los Heeren y del consejo de administración, de los accionistas. No puedo meter mano al dinero. Por eso se me ocurrió lo del chantaje a Charly. ¡Un millón de dólares!

—¿Por qué no diez? Igual lo hubiera pagado.

Elliot chasqueó la lengua.

—Sólo un millón. El dinero de que puede disponer Charly. Pedirle diez millones obligaría a intervenir a Martha. Y ella es demasiado dura. No se doblga con facilidad.

—Muy astuto.

—Gracias, Graham. Me agrada que reconozcan mi inteligencia. Acudir a ti para que investigaras el paradero de Claire, Dorothy y Sylvia resultaría un poco sospechoso. Por eso te di una fotografía de Charly y Jeanne. De ahí partiría tu investigación. Descubrirías que Jeanne fue asesinada al...

—Al llevarme Don al *snack* del calendario.

—Eso es. Tú saltarías de alegría ante la pista. Acudirías a Alex Presnell, que nada tiene que ver con nuestros asuntos, y él te informaría de Jeanne, su domicilio, su compañera de apartamento Claire Mills... y de William Jackson. El muy maldito no quiso hablar y eso le costó una paliza de la que no se recuperará jamás. Tú has sido más listo. Lograste conducirnos hasta Claire. Se había caracterizado bien...

—¿Listo? Malditos hijos de perra... Creí estar investigando un chantaje, y sin embargo, proporcionaba un póker de damas al asesino.

—Tú lo has dicho, Ralph. Un póker de damas —rió Don Neilson

—. Claire no resistió mis... procedimientos y terminó por delatar a sus compañeras. Dorothy y Sylvia se ocultaban con nombre supuesto en un tugurio llamado The Buffalo. Ahora están muertas. Las cuatro han muerto.

—¿Por qué se ocultaban? ¿Por qué no buscaban la protección de la policía?

—¿La policía? Ellas llevaban dos años trabajando para la organización —dijo Elliot—. Eran espías. Además, esperaban a ese agente extranjero. Ignoraban que también había muerto.

—¿Y Alpha?

Harvey Elliot señaló el ejemplar de The Brick.

—Ha vuelto a nuestro poder. Lo encontramos en la habitación de Claire. En The Brick va la primera parte del *dossier*. En los siguientes números se completará. Todo muy ingenioso, Graham. Utilizamos una clave perfecta. Nadie sospechará nada. En cuanto a ti, lógicamente te sentenciamos en el mismo momento de contratarte. Si nos llevabas hasta Claire no te esperaban cien mil dólares de recompensa, sino la muerte. No obstante, te estamos muy agradecidos por los servicios prestados. Te prometo un ataúd de primera clase.

Don Neilson acopló un tubo silenciador al cañón de la «Super-Star».

Sonrió.

—Será como el descorche de una botella de champaña. Sacaremos tu cadáver y luego...

En ese momento se escuchó el ulular de una sirena.

Neilson y Elliot intercambiaron una mirada.

Ralph Graham aprovechó para abalanzarse sobre Neilson. Desvió el arma a la vez que propinaba un salvaje patadón al bajo vientre del individuo.

No tuvo piedad.

Un segundo y brutal puntapié en el rostro hizo caer a Neilson.

Harvey Elliot corría hacia la puerta cuando desde el porche llegó una potente y autoritaria voz.

Audible en el interior del despacho.

—¡Abran al FBI!

FINAL

Se encontraban en el despacho de Ralph Graham.

Natalie escuchaba admirada el relato del detective.

—¿El FBI?

—Sí, nena. Llegó muy oportunamente. William Jackson avisó a la policía y se dio parte al FBI. Ah, diablos; fue un día muy agitado. Esta tarde debo acudir a declarar. También irá Charly.

—La señora Heeren...

—Sí. Ya está al corriente de todo, pero de seguro hará que se eche tierra al asunto de su hijo. Charly es un buen muchacho, aunque algo iluso para político. Me dio una gratificación de veinticinco mil dólares.

—¡Oh, Ralph! ¡Es maravilloso!

Graham profirió una maldición.

—¿Maravilloso? ¡Gracias a mi recuperó el millón de dólares entregado a Harvey Elliot!

—El dinero no es lo más importante, Ralph. Te vas a convertir en el detective más famoso de Nueva York. ¡Has recuperado el proyecto Alpha! ¡Acudirán los clientes por docenas!

Graham esbozó una sonrisa.

Natalie continuaba siendo una incauta.

—Bueno, nena. Mañana nos tomaremos unas vacaciones.

—¡Pero si yo aún no he empezado a trabajar!

Graham se inclinó sobre ella, besándola en la boca.

—Eso no importa. ¿Qué te parece Miami?

—¿Por qué esperar a mañana? Nos podemos marchar ahora mismo.

—No, Natalie. Ya te he dicho que esta tarde tengo una cita con el FBI.

—De seguro es para felicitarte.

—¿Felicitarme? El inspector Trundy me amenazó con

sancionarme por ocultar pruebas. ¡Todo por llevarme una fotografía del apartamento de Claire! La llevé para que Presnell me informara de la identidad de las dos chicas que aparecían junto con Jeanne y Claire. En el FBI me tienen envidia, Natalie. Están avergonzados de que un hombre sólo les haya solucionado la papeleta del Alpha. Son todos unos...

—Cálmate, Ralph, cálmate.

Natalie entreabrió sus gordezuelos labios y echó los brazos al cuello del detective. Se unieron en un largo y apasionado beso.

Sí.

Aquello pareció calmar a Graham.

—Ralph...

—¿Sí, nena?

—Creo que podrías ahorrarte mi sueldo de secretaria.

Graham agrandó los ojos.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Casándote conmigo.

El entusiasmo desapareció del rostro de Graham. De nuevo tuvo el presentimiento de que iniciaba un segundo día negro; pero al saborear una vez más los carnosos labios femeninos se olvidó de ello.

Incluso dio la razón a Natalie.

No era mala idea ahorrarse el sueldo de secretaria.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



NOTAS

[1] Very Important Person: persona muy importante. < <

[2] Cohetes capaces de localizar y destruir las armas nucleares enemigas anulando a la vez su capacidad de represalia instantánea.

< <